

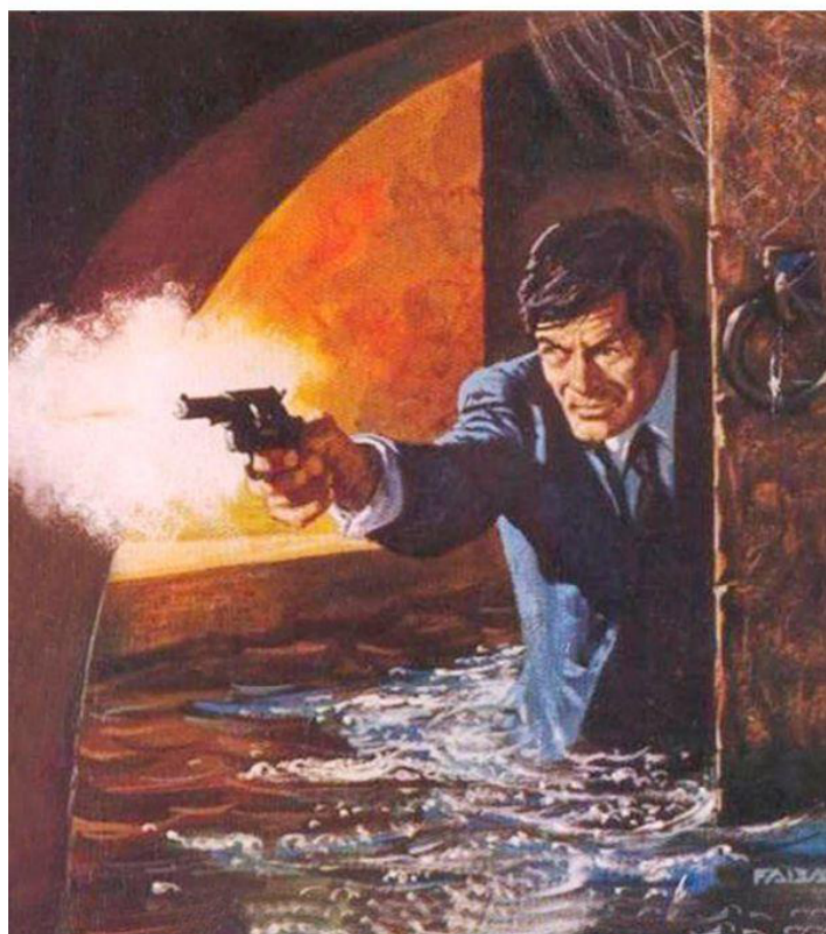
BOLSILLOS BALCÓN

PUNTO

ROJO

EL TESTAMENTO DE BLAISE KORDAN

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KELLTON McINTIRE

**EL TESTAMENTO
DE BLAISE KORDAN**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 865
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.937 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1978

© Kelltom McIntire - 1978

texto

© Salvador Fabá - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

852 — Tras las huellas de un espectro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.475 — Lluvia de oro.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Alburquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

Ted Fordike dobló, presuroso, la esquina y caminó aprisa por la acera izquierda de la calle Wright.

La calle Wright estaba situada en las inmediaciones del portuario barrio de Limehouse, y era estrecha y tortuosa.

Ted tenía cincuenta y cinco años, era más bien bajo y sus cabellos eran grises y descuidados.

Trabajaba en una funeraria, la Simpson Brothers, y estaba considerado como un experto embalsamador.

—Especialista en adecentar cadáveres —como decía burlonamente el propio Ted cuando, por excepción, tomaba una copa de más.

Era austero, pobre y poco hablador, pero bondadoso, limpio y honrado. Había enviudado hacía muchos años, allá por los cuarenta y tantos, en plena segunda guerra mundial.

Margaret, su esposa, había muerto aplastada bajo las ruinas, después de un bombardeo. Margaret no había tenido tiempo de darle un hijo, y, a partir de aquella fecha, Ted vivió su solitaria existencia en el viejo ático del número once de Wright Street.

No era feliz, pero tampoco se sentía especialmente desgraciado. Era, quizá, de un espíritu resignado y elemental, por lo que no esperaba ya nada extraordinario en esta vida.

Había amado mucho a Margaret. ¡Mucho! Pero Margaret se había marchado para siempre y Ted debía seguir trabajando para vivir. La recordaba a menudo, pero su remembranza era ligera y dulce y no le causaba dolor alguno su recuerdo.

El abrigo de Ted estaba descolorido y gastado, pero lo había llevado una vez más al tinte y podía pasar: un invierno más, sólo un invierno. Claro que, en aquella noche fría y lluviosa, el viejo gabán no le abrigaba mucho, pero Ted tenía una bufanda nueva de lana, tibia y esponjosa, que le protegía del traidor relente en las frías

noches de Limehouse.

Las alas de su sombrero hongo estaban llenas de agua: al caminar derramaban riachuelos del frío líquido sobre las punteras de sus botas. Peor era inclinar el cuello hacia atrás, porque entonces el chorro helado penetraba en su espalda a través del cuello de su raído abrigo.

En la esquina de Bigboat Lane estaba Blaine Kordan, como cada noche.

Ted Fordike conocía a Blaine desde siempre. Bueno, quizá fuera una exageración, pero siempre había visto al ciego en aquella esquina, desde que, desaparecida Margaret, Ted fuera a ocupar una parte del ático del número once de Wright Street.

—¿Cuántos años han pasado ya? ¿Veinte..., veinticinco, treinta tal vez...? —se preguntó Fordike. Pero era una cuestión que no le preocupaba mucho.

Lo cierto era que conocía desde siempre a Blaine. Y le apreciaba.

No mantenían una fuerte relación, en el estricto sentido de la palabra. Diez años atrás, cuando se despidiera el lazarillo de Kordan —un pícaro ladronzuelo llamado Chip Harrow—. Ted se había comprometido a ayudar al ciego. Por tanto, cada mañana, a las seis en punto, penetraba en el sótano de la casa número veintiuno de Wright Street (la misma en la que vivía él) y tomaba de la mano a Blaine para conducirlo a su puesto de la esquina de Wright con Bigboat Lane.

¿Qué hacía Blaine Kordan? Pedía limosna, desde las primeras horas de la mañana hasta que Ted regresaba de la funeraria.

Algunas veces tomaban un té o una cerveza juntos. En la misma esquina de Wright con Bigboat Lane estaba la cervecería de Joey Harper y allí solían pasar un rato juntos y silenciosos, mientras bebían media docena de jarras de cerveza. Pero esto sólo podía ocurrir los sábados o vísperas de fiesta. Los demás días, Ted tenía que acostarse a hora temprana para poder madrugar sin que el cuerpo le pesase demasiado a la hora de alzarse del lecho.

Diluviaba cuando Ted cruzó Bigboat Lane y se reunió con Blaine bajo la marquesina de la cervecería Harper.

Blaine era menudo, de escasa consistencia física. Flaco igualmente de facciones, sus ojos azulencos carecían de expresión, pero su rostro solía motivar un sentimiento tierno y compasivo

entre las personas que le contemplaban.

¿Qué edad tenía el ciego? ¿Cincuenta, sesenta años...? Ted jamás le había preguntado sobre aquello ni sobre cualquier otra cosa.

Kordan cubría su cabeza con un viejo sombrero de anchas alas y se guarecía bajo un impermeable que más parecía un viejo chubasquero de mayoral.

—Buenas noches, Ted —saludó el ciego con su armonioso acento.

Fordike se exasperó. ¿Cómo podría reconocerle, si se encontraba a dos metros de distancia y jamás llevaba sobre sí perfume alguno?

Dos o tres veces lo había intentado como inocente broma: Calzado con zapatos de suela de goma, silenciosos, había llegado lentamente hasta las proximidades de Blaine. Sólo quería sorprenderle, observar su reacción cuando exclamaba:

—¿Qué tal, Blaine? ¿Hubo suerte hoy?

Pero jamás había logrado sorprenderle. A tres metros de distancia, el ciego se volvía hacia él, como si pudiera verle, y decía:

—Buenos días, Ted. ¿Fue dura la jornada?

Fordike se sacudió el agua bajo la marquesina de la cervecería y se aproximó.

—¿Qué tal, Blaine? ¿Hubo suerte...?

Alguien tropezó con el ciego violentamente y les despidió a ambos fuera de la marquesina, con tan mala suerte que el voluminoso chorro de agua que vertía un canalón les regaló con un abundante y frío baño.

Ted maldijo entre dientes.

Había reconocido al salvaje: era Harold Diss, el dueño de la relojería situada entre los números once y veintiuno de Wright Street.

Diss era un hombre joven, de unos treinta y cinco años. Había tomado el traspaso de la relojería cinco años antes. En principio le había ido bien el negocio, pero luego empezó a hacer agua. Joey Harper aseguraba que Diss se encontraba en dificultades por causas del juego.

—Le gusta arriesgar el dinero en los clubs del centro. Alguien me dijo que había perdido tres mil libras. Van a embargarle todas las existencias de la relojería. En un plazo de quince días, Harold

Diss se verá en la miseria. Es una desgracia, pero se lo tiene merecido —le había confiado Harper el sábado último.

Ted se sentía irritado. Pero tomó a Blaine por el brazo y le guió hasta su puesto bajo la marquesina.

—Es Diss, lo sé —murmuró el ciego—. Suele hacerlo a menudo. Lo hace a propósito. Un día me dio tal empujón que me envió al suelo. Me golpeé contra el bordillo de la acera y perdí el conocimiento. Alguien tuvo piedad de mí y me ayudó, pero...

—Olvídalo, Blaine, amigo mío. Diss es un ser despreciable.

Eso fue lo que dijo el menudo y resignado Ted Fordike, pero en lo más profundo de su corazón hubiera deseado darle una contundente lección a Harold Diss.

Por desgracia, Diss era alto, joven y corpulento. Todo lo contrario que Ted.

—Es un canalla... —murmuraba Blaine Kordan, entretanto, mientras golpeaba, nervioso, la contera de su blanco bastón sobre el pavimento de la acera.

—Cálmate, por favor, Blaine —imploró Ted—. No ha sido nada, amigo mío. Tu impermeable te ha salvado —pero él estaba tiritando, empapado el abrigo, húmedo hasta los huesos—. Te encenderé la estufa, Blaine; tenderé junto al fuego tus ropas. No tienes que preocuparte. Ya sabes que puedes contar conmigo.

La fría mano de Kordan tomó la suya sin dudar.

—Lo sé, lo sé, Ted. Tú eres lo único que tengo. Pero ese canalla de Diss... —la mano de Blaine, firmemente apretada, temblaba.

—Olvídate de eso, por favor. Vamos, Blaine, es hora de que te lleve a casa. Te prepararé un té, fumaremos un cigarrillo...

Pero Kordan le retuvo con increíble energía.

—Un momento nada más, Ted. Sólo un momento. ¿Quieres hacerme un favor? —rogó—. Ted, la puerta de la cervecería se ha cerrado —era absolutamente cierto—. ¿Quieres dejarla entornada?

Fordike se apartó del ciego, caminó con sus ligeros y cortos pasos hasta la puerta e hizo lo que Kordan le pedía. Inmediatamente, una espesa nube de vapor, humo de cigarrillos y pipas, todo ello con intenso aroma a cerveza, brotó del interior del local.

Ted advirtió que Blaine permanecía en absoluta concentración, como si sus oídos pudiesen llegar hasta la barra de la cervecería de

Harper.

—Diss no lo sabe, Diss es un ignorante. Pero yo puedo oírle, Ted... ¡Yo penetro en sus más íntimos pensamientos! —murmuró el ciego.

Ted se asustó. Blaine estaba desencajado y temblaba de pies a cabeza.

—¡Le oigo, le estoy oyendo! —repitió.

¿Cómo era posible escuchar nada congruente a través de la algarabía que llegaba desde el interior de la taberna...? Lo que Ted podía percibir era una mezcla desordenada, caótica y potente de gritos, maldiciones, cánticos, tintineo de las máquinas tragaperras, chocar de vidrios, toses asmáticas. ¿Cómo entonces iba a ser posible escuchar una voz en particular, aislándola de aquel enloquecedor estrépito...?

De todas formas, se volvió, curioso.

En el extremo más apartado de la barra, Harold Diss hablaba con True Chapman. La actitud de ambos era claramente furtiva y confidencial. Seguramente, mantenían una conversación íntima, susurrante.

¡Y Blaine Kordan aseguraba que podía oír su voz...!

En la esquina, distante, de Old Market, apareció la maciza silueta azul de un *bobbie*[1].

A pesar de la distancia, Ted reconoció fácilmente a Ben *Carrot* Temple, el agente que solía hacer la ronda nocturna cada tres días en aquella zona de Limehouse.

A Ted no le preocupó la proximidad de Temple. A pesar de que la policía de Londres no suele permitir la mendicidad callejera, todos los *bobbies* solían hacer la vista gorda con el pobre Kordan.

Carrot Temple se aproximó pausadamente. Debía su apodo (*carrot* significa zanahoria, en inglés) al color de sus cabellos, pues era pelirrojo, muy claro.

Era un hombre de mediana estatura, hombros anchos y movimientos pausados, muy servicial y amable.

Al llegar a la esquina, hizo como si no hubiera visto al ciego y torció hacia Bigboat Lane. Ted estaba seguro de que más tarde, Temple entraría en la cervecería de Harper y bebería un par de jarras de cerveza, cuando el local estuviera un poco más despejado...

—Vámonos, Ted —dijo Blaine bruscamente.

—¡Espera! —exclamó Fordike—. Pero ¿qué te pasa, viejo amigo? —Kordan se había puesto en marcha y caminaba rápidamente acera adelante, haciendo sonar su bastón.

Ted tuvo que dar una corta carrerita para alcanzarle.

—¡Blaine, Blaine! —exclamó, preocupado—. ¿Quieres decirme qué te ocurre? Te siento extraño, inquieto y... ¡tan nervioso!

Kordan no dijo nada. Caminaba más rápidamente que nunca. Se diría que tenía miedo...

Al fin llegaron ante el número veintiuno. Blaine comenzó a descender los seis peldaños que llevaban hasta la entrada de su madriguera-vivienda, pero las gastadas suelas de sus zapatos debieron resbalar y perdió el equilibrio, a punto de caer de bruces contra el muro del fondo.

Por fortuna, Ted, que le agarraba por el brazo derecho, logró impedir a tiempo su caída.

Descendieron los últimos peldaños con cuidado, empujaron la puerta y entraron.

Ted no volvió a hacerle preguntas: conocía lo suficiente al ciego para saber que cuando Kordan no quería hablar eran inútiles las palabras.

En la fría y húmeda habitación no había más que un camastro, una banqueta, un viejo y apolillado armario y la bombilla que colgaba del techo, además de la pequeña estufa de carbón situada en un rincón.

Acompañó a Blaine hasta el lecho, fue a la estufa, limpió las escorias con el atizador, echó un puñado de carbón del montoncito que había junto al húmedo muro, agregó unos papeles arrugados y prendió el fuego.

Cuando vio que la estufa tiraba y el humo salía fluidamente por el conducto que, a través de un pequeño ventanuco, daba al patio, se aproximó a Blaine y le ayudó a desnudarse.

Sabía que su amigo hacía sus escasas y frugales comidas en casa de Harper: un bocadillo a mediodía, otro por la tarde; eso era todo.

—¿Quieres que caliente el agua para el té? —se ofreció, solícito.

Blaine dudó. Pero finalmente movió la cabeza en sentido negativo.

—No, no, gracias, Ted. Eres un buen amigo. Pero será mejor que

te vayas. Tú tienes que descansar para poder madrugar —murmuró.

—De veras, Blaine, me quedará un buen rato contigo —insistió Fordike.

—No. Vete ahora. Buenas noches, Ted.

No insistió. Sabía que Kordan era un hombre de ideas fijas. Pero no se marchaba satisfecho... ¡Aquella expresión desesperada en las facciones de Blaine...!

El ciego se había desnudado y se cobijaba ya bajo las pobres mantas.

¡Y pensar que algunos de los vecinos de la calle Wright imaginaban que Blaine Kordan ocultaba una gran fortuna en algún lugar de aquella mísera habitación...!

Ted le arrojó cuidadosamente, tomó sus ropas mojadas y las puso sobre la banqueta a un metro de distancia de la estufa, para que se secaran durante la noche.

—Tus ropas, Blaine, están...

—... Puestas a secar, lo sé. Eres mi mejor amigo, Ted. Pero vete ahora. Sé que necesitas descansar. Si te entretienes esta noche, te dormirás por la mañana y no acudirás al trabajo a tu hora. Buenas noches, Ted.

Fordike se encogió de hombros, resignado.

—Buenas noches, Blaine —dijo. Se pasó una mano por la frente y añadió—: Y no te preocupes por lo de Harold Diss. Yo veré de arreglarlo de una vez.

Echó una ojeada a su alrededor, vio que todo estaba en orden y que la estufa seguía tirando bien y se dirigió a la puerta.

No tenía más que encajarla en el marco, porque la puerta carecía de cerradura. ¿Para qué la necesitaba? Blaine Kordan era pobre de solemnidad. Luego, ¿quién pensaría robarle?

Ya tiraba de la puerta hacia sí, cuando escuchó la imperiosa voz de Blaine:

—¡Espera, Ted!

Había un trémolo angustioso en aquella voz, una especial y dramática vibración que impresionó profundamente a Ted.

Empujó la puerta, avanzó dos pasos y murmuró:

—¿Sí, Blaine? Te escucho.

—Nada —la voz era átona ahora, e inexpresiva—. Sólo quería recordarte que te considero el mejor amigo...

—Sí, Blaine.

—El único amigo que tuve jamás, el más leal y desinteresado.

—Eso es excesivo, Blaine. Te tengo afecto, eso es todo —
respondió Fordike, emocionado a su pesar.

—Bien... Buenas noches, Ted.

—Buenas noches, Blaine.

Cerró la puerta de un tirón.

Antes de ascender los seis peldaños que le llevarían hasta la calle, Ted esperó un momento, aguzó el oído... ¡Quizá Blaine necesitase algo de él, al fin y al cabo!

Ted sentía una extraña sensación de angustia en su pecho. Blaine... se había manifestado de una forma tan desusada aquella noche...

Pero no escuchó nada y, finalmente, ascendió con cuidado los peldaños.

Echó un vistazo a la calle.

Había cesado de llover, pero los canalones, los aleros y los balcones destilaban lentamente gruesos goterones todavía.

Se había alzado una leve niebla que flotaba a poco más de un metro sobre la superficie de la calle.

Wright Street presentaba a aquellas horas un aspecto irreal. El trazado irregular y sinuoso de la calle, el pavimento adoquinado reflejando las luces de los viejos faroles de la calle, el cabrilleo amarillento del resplandor que se reflejaba en los riachuelos que corrían junto al bordillo de la acera, rumorosos; el sonoro glu-glu de las aguas engullidas por los imbornales...

Y, sobre todo, la niebla. Ahora soplaba una leve brisa del río. El viento empujaba la niebla, que avanzaba, lenta y pegajosa, arrastrándose a ras del suelo, lamiendo los húmedos muros de los viejos edificios...

Ted se estremeció.

El sábado anterior, es decir, en la madrugada del domingo, el cuerpo destrozado a cuchilladas de un hombre había aparecido en la misma esquina de Clarence Row, la calle que comenzaba precisamente ante el número once de Wright Street, donde vivía Fordike.

Era un chino, un hombre joven, llamado Charlie Wong.

Cuando Charlie bajó del ático, muy de mañana aún, había un

gran charco de sangre, todavía líquida por la baja temperatura y la humedad, al pie de la acera.

Dos días después, encontraron a los hermanos Thopher en un solar próximo. Los habían cubierto bajo un gran montón de basuras y las ratas habían devorado parcialmente sus rostros en una sola noche...

En Limehouse todos sabían que los Thopher habían violado a Susan Wong, la hermana de Charlie.

Luego... parecía bien claro que la numerosa familia Wong era responsable del asesinato de los hermanos Thopher... Pero la policía no consiguió averiguar nada: cada uno de los Wong tenía una segura coartada para defenderse. Por lo demás, los Thopher eran unos indeseables, unos criminales natos.

Hermoso barrio, terrible barrio...

Ted Fordike amaba aquellas calles estrechas y tortuosas donde vivían tipos como Blaine Kordan, Jim Harper, Neil Grapelli, los Wong y... él mismo.

Pero a veces tenía miedo. ¡Era un hombre tan pusilánime...!

Desde la cervecería de Harper llegó el rumor atenuado de las conversaciones.

De repente, Ted, que apenas bebía, sintió la irresistible tentación de ir a tomar una copa.

¿Un vasito de *whisky* quizá, un grog ardiente...? ¡Vamos allá!

Echó a andar despacio. Caminaba con cuidado sobre la brillante acera.

¿Por qué se comportaba siempre como un viejo?

«No. No lo soy —pensó, animoso—. Cincuenta y cinco años, sí. Pero ¿qué es eso? Me siento ágil y fuerte, no tengo achaques ni molestias. Solo... está condenada timidez mía...»

En la esquina de Clarence Row había una mujer.

Era tan alta como él, proporcionada, de formas rotundas y cabellos rubios. Vestía un impermeable negro, muy corto, que se ceñía a sus lujuriosas curvas de forma perfecta.

La mujer le miró.

Era Neil Grapelli.

CAPÍTULO II

Ted siguió adelante. Metió la cabeza entre los hombros y apretó el paso.

—¡Eh, Ted! ¿Por qué tanta prisa?

Frenó en seco.

¡Maldita sea...! ¿Por qué había tenido que ir a tropezarse precisamente con Neil?

Por un momento pensó continuar su marcha, simular que no había escuchado la voz pastosa y cálida de Neil...

Imposible.

Ella se había separado de la esquina y venía hacia él, moviendo cadenciosamente las redondas y bien formadas caderas.

¡Maldita sea...!

Tenía un rostro redondo, mejillas llenitas, y los pómulos se destacaban como... melocotones maduros.

—¡Ah, Ted! —dijo ella, burlona—. ¡No sabes cuánta satisfacción causa encontrar a una persona de confianza en una noche como ésta!

Tenía unos labios rojos, gordezuelos y jugosos, una nariz respingona, sensual, unos ojos dorados, oscuros, una frente ligeramente abombada y tersa y... un busto prieto, poderoso y firme, bajo la brillante superficie del impermeable.

¡Cuánto deseaba Ted Fordike a aquella mujer...!

Había soñado con ella cientos de noches, miles de noches. En sueños, veía el fruncimiento de sus labios, entre burlones y mimos, y el brillo enigmático de sus ojos color caramelo quemado.

Pero nunca se había atrevido. ¡Era tan tímido...!

Bueno, también estaba el recuerdo de Margaret y...

¡Al diablo! No se trataba de Margaret ya. El era un hombre, muy capaz todavía, y... añoraba con todas las ansias de su ser la

proximidad de una mujer como Neil.

No se trataba de sexo, estrictamente. Ted necesitaba la proximidad, el roce y el cariño de una mujer.

Pero Neil... era una mujer viva, chispeante, segura de sí misma y... ¡tan mordaz!

Cada vez que se encontraban, Ted estaría dispuesto a jurar que ella se burlaba interiormente de él, de su figura desgalichada, de su ánimo encogido, de sus cabellos grises, de...

Neil acababa de llegar junto a él.

No era una jovencita, sino una mujer de cuarenta años, hecha y jugosa. Conservaba la esbeltez de la figura y el brillo picaresco en los ojos, y su cutis seguía todavía terso y lozano.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de Ted Fordike. No era frío, ni miedo —¿quién podría sentir miedo junto a Neil Grapelli?—, sino la manifestación de un íntimo sentimiento voluptuoso.

Porque, por un momento, había imaginado que tomaba el cuerpo de Neil entre sus brazos, que ceñía su estrecha y tibia cintura, que...

Podía percibir intensamente el dulzón perfume del cuerpo de la muchacha. Neil usaba perfumes baratos, pero a Ted aquel aroma le traspasaba las fibras más sensibles.

—Buenas noches, Ted —dijo ella con su característica voz ronca, llena de cálido acento.

—Buenas noches, Neil. Creo..., creo que no deberías andar de noche por estas calles —dijo, vacilante—. Al menos, hasta que...

No fue capaz de decir nada más. La presencia, físicamente próxima, de la hembra le perturbaba terriblemente.

¿Por qué..., por qué no se atrevía?

¿Por qué no podía llegar adonde otros llegaban?

Neil era una prostituta. Vendía su cuerpo al primero que llegase... Pero Ted no se había atrevido jamás. Era su innata timidez, su cualidad de hombre apocado e indeciso, su falta de experiencia, su cortedad y... los chispeantes y burlones ojos de Neil.

Ella apoyó su espalda en la pared, muy cerca —tentadoramente cerca— de Ted Fordike.

—Ya sé, ya sé... El caso de los chinos y esos canallas de los Thopher... ¿Sabes lo que pienso, Ted? A los Thopher les estuvo bien

empleado. Eran... Bien, ya han pagado. Pero a mí me molestaron muchas veces, no creas. Una vez, Jem, el más joven, me golpeó e intentó estrangularme. Estuve a punto de morir, lo juro. Pero Joey Harper salió a la puerta de su negocio y los Thopher huyeron. ¡Malditas sean sus almas! Pero ya no hay que preocuparse, Ted. Están muertos. Eso es todo.

Ted, nervioso, metió la mano en el bolsillo, y sacó una arrugada húmeda cajetilla de «Players».

Intentó sacar dos cigarrillos, pero el papel se deshizo entre sus dedos y Ted aplastó, irritado, aquella pulpa amarillenta.

—¡Pobre Ted! —exclamó Neil, frunciendo los labios y risueños los vivos ojos ambarinos—. Se te han mojado los cigarrillos. ¡Y estás empapado! Pobre Ted... Pero no te preocupes, yo tengo cigarrillos. Espera que abra mi bolso. ¡Aquí están! Ten. No seas tímido, toma la cajetilla. No, no voy a necesitarla; pienso recogerme pronto hoy.

Ted tomó, vacilante, un pitillo. Cigarrillos muy caros, eso era lo que fumaba Neil. Bueno, ella no fumaba mucho, lo había observado, pero en su profesión había que fumar. Aquella pose del cigarrillo humeante en los carnosos labios vestía mucho.

Logró sacar el cigarrillo y fue a llevárselo a los labios, pero Neil se le anticipó con un ademán rápido y preciso.

—¡No, no! ¡Trae! Yo te lo encenderé —exclamó.

Se puso el pitillo en los labios con una gracia natural. Fruncía los labios húmedos, mientras buscaba el pequeño encendedor dorado...

¡Maldita sea! ¿Por qué no se atrevía? Ella ¡estaba tan cerca y parecía tan íntimamente propicia...!

Neil le tendió el cigarrillo, se lo puso en los fríos labios. Y Ted aspiró el humo profundamente.

Sentía un placer indescifrable, pero claramente placentero, voluptuoso... ¡Aquel cigarrillo venía de los labios de Neil!

La mujer encendió otro cigarrillo y en aquel momento lanzó al aire una espesa bocanada de humo. No se lo había llevado a los pulmones, pero las volutas acariciaron el rostro delgado de Ted, causándole una confortadora sensación de intimidad.

De repente, ella puso confianzudamente una mano sobre el hombre de Fordike y éste retrocedió de un respingo, como si hubiera recibido una descarga eléctrica de alto voltaje.

Neil le miró un instante, reflexivamente.

—Calma, calma, Ted —susurró—. Eres como un niño... O ¿tal vez no te gustan las mujeres?

Ted se atragantó. Quiso hablar, pero entre el humo que se había solidificado en sus bronquios y el sofoco que le atenazaba, rompió a toser como un condenado.

—Vamos, vamos, Ted. Tomemos una copa, ¿eh? —Neil empleaba un tono familiar, protector—. No, no te preocupes; pago yo. No es que el día se haya dado muy bien, pero ¿sabes?, una tiene sus ahorros. ¿Qué esperas? Anda, vamos, empieza a caer el relente.

El hombre se dejó llevar como un corderillo.

Muy próximos, pero sin tocarse, caminaron lentamente sobre la acera.

¡Qué dulce, qué confortable y amistosa era la presencia de Neil...!

Una mujer de la calle, una prostituta, una cualquiera, expuesta cada noche a dar con sus huesos en una de las numerosas prisiones de Londres...

Ted conocía a Neil, ¿desde cuándo?

¿Cuatro, seis..., siete años atrás?

Neil tenía una vitalidad desbordante, un carácter volcánico, tremendamente espontáneo... Su alegría y su vivacidad eran contagiables, pero su lengua... podía ser áspera, irónica, rápida. Con una sola frase hiriente podía desarmar al hombre más seguro de sí mismo, sin perder por eso su sonrisa amablemente sarcástica.

Ella se detuvo de repente. Y volvió a rozarle levemente en el hombro. Pero esta vez, milagrosamente, Ted no saltó.

—¿Sabes, Ted? He pensado muchas veces en ti... No te incomodes, pero al principio pensé si no serías... ya sabes. ¡No, no te enfades, Ted! Es comprensible: un hombre maduro, pero no viejo, necesita ciertos desahogos. Sexuales, si me permites decirlo así. Algunas veces traté de coquetear contigo, lo confieso. No sé... Había algo en ti que me gustaba. Quizá tu expresión tímida, tu inseguridad y también... tu bondad. No creas... Todos piensan que tengo la cabeza vacía, pero Neil Grapelli sabe pensar de vez en cuando. Y observar. Sé que has hecho mucho por el ciego. ¡No me mires con esa cara de bobo! Ya sabes a quién me refiero... A Blaine... Kordan, ¿no es eso? Pues bien: yo a Kordan le debo un

gran favor. Nunca me olvidaré de él...

—Vayamos a tomar esa copa —dijo Fordike, con increíble audacia.

—Ya, ya, un momento. Como te decía, al principio pensé que eras un... marica... ¡Lo siento, lo siento, Ted! Te estuve observando, incluso te seguí algunas veces, lo confieso...

—¿Me seguiste? —preguntó Ted, incrédulo. Y sintió sobre su rostro el aliento fresco y limpio de Neil.

¡Maldita sea! ¿Por qué no la abrazaba ahora, por qué no la estrujaba entre sus brazos, la besaba salvajemente..., le suplicaba que pasaran juntos una noche, una sola...?

Neil se aflojó dos botones del impermeable y sus senos, turgentes y voluminosos, quisieron escapar por encima de la brillante lámina plástica.

—Como te decía, Ted... ¡Ah, parece que resucitas...! Bien. Lamento haberme equivocado. Pero ¿qué digo? ¡Todo lo contrario! Te prefiero así. Ya sé que no tienes relación con mujeres, pero eso... tal vez tenga solución.

—Vayamos a tomar esa copa —repitió Fordike, que se sentía tan enfebrecido y ardiente como nunca.

—Vayamos —accedió ella.

Ted se escapó materialmente. La lucha que estaba, manteniendo entre sus sentidos y su tremenda indecisión, comenzaban a agotarle.

Prefería, por tanto, llegar cuanto antes a casa de Harper, mezclarse con los demás, relajar la intensa tensión que le oprimía.

Llegaron por fin. La niebla se había espesado.

Neil le tomó confianzudamente por un brazo y, maravillosa sensación, Ted, por primera vez en su vida, se sintió como un triunfador sobre el pódium glorioso.

El local casi se había vaciado. Sólo quedaban Sarah Mulligan, la vieja prostituta, que ocupaba la mesa del rincón más próximo, tres marineros en la mesa siguiente y Harold Diss y *True* Chapman acodados sobre la barra.

El relojero le dirigió una rápida mirada, pero Ted apenas le hizo caso.

—Vamos a aquella mesa —sugirió Neil, que no había soltado su brazo. Y señaló la situada en el rincón del fondo, más alejada.

Neil sólo quería estar con él, con Ted Fordike. Y él comenzaba a

sentir un reconfortante calorcillo en el corazón.

Un marinero barbudo tendió su mano hacia Neil cuando pasaron junto a aquella mesa, pero ella rechazó el descarado avance con un golpe rápido y expeditivo.

Tomaron asiento en la mesa.

¡Qué maravilla! Jim Harper sonrió al verles, se enjugó las manos en un paño y abandonó la barra, dispuesto a atenderles.

—Ajá. La bella Neil Grapelli y el amigo Ted Fordike... ¡Bien, bien! ¿Qué hay que poner, respetables señores? —exclamó amablemente.

Ted se esponjó. ¿Cuándo le había tratado Harper con tantos honores?

—*Whisky* para los dos —ordenó tras un leve carraspeo que no logró aclarar su garganta del todo—. Dobles, Jim.

Harper se alejó.

¡Qué bien se sentía!

La proximidad de Neil era... fascinante. Y Ted comenzaba a sentirse audaz.

Por desgracia, en aquel momento *True* Chapman *tropezó* con su silla y le derribó.

Ted dio una completa vuelta de campana, chocó contra la barra y quedó despatarrado sobre el húmedo y sucio pavimento.

Chapman se despojó de su mugriento sombrero, describió con él una cómica reverencia y gangueó:

—Disculpe, señor. Ha sido un desgraciado accidente...

Lanzó una corta carcajada y añadió:

—Intencionado.

Una cólera sorda se hinchó en el pecho de Ted Fordike.

Harper le estaba mirando con expresión crítica, los marineros le contemplaban burlones; incluso aquella vieja meretriz, Sarah Mulligan, le observaba con una mueca burlona, hiriente.

Pero lo peor de todo era la pasiva actitud de Neil. Sus ojos dorados chispeaban, mitad burlones, mitad expectantes.

¿Esperaba que Ted Fordike se comportase como un hombre? Eso, al menos, traslucía claramente su expresión.

Ted apretó los puños... Pero *True* Chapman era un hombre muy peligroso. Fornido, membrudo, hecho a toda clase de peleas callejeras... True había ido a parar varias veces a la prisión y otras

tantas había dejado bien sentado que nada le importaría volver, si era por una causa tan razonable... como, por ejemplo, destripar a un prójimo.

Ted tenía mucho miedo. El jamás había peleado, rehuía cualquier confrontación, carecía de experiencia...

Pero los ojos de color ámbar de Neil Grapelli le miraban fijamente, como si esperasen una señal que confirmase su hombría.

Chapman seguía pavoneándose ante él, cuando Ted se inclinó veloz, y agarró la silla caída en el suelo apenas a un metro de distancia.

Había saltado con tanta rapidez y seguridad que él fue el primer sorprendido. Como True seguía inclinado hacia adelante, el silletazo le alcanzó en pleno rostro.

Se oyó un alarido infrahumano. True retrocedió con el rostro bañado en sangre y cayó a plomo sobre el piso cubierto de serrín.

Ted, jadeante, dejó la silla en el suelo.

¡Dios santo! ¿Qué era lo que acababa de hacer...?

—¡Ted...! —gritó Neil sin poder contener su admiración.

Sarah Mulligan le contemplaba sorprendida, sin dar crédito a lo que sus ojos acababan de ver.

Incluso se había producido un cambio en la expresión de los marineros: ahora le miraban con una mezcla de admiración y temor.

Joey Harper salió de detrás de la barra con una jarra de agua, que dejó sobre la mesa.

Palmeó amistosamente la espalda de Fordike y dijo:

—Bien, bien, Ted. True necesitaba que alguien le diese una buena lección y... tú se la has dado. No te preocupes, yo arreglaré esto.

Tomó la jarra, vertió el agua sobre el rostro ensangrentado de True Chapman y el hombre se removió en el suelo.

Harper era fornido y nervudo. Le agarró por los hombros, le puso en pie de un empujón y, tras un cierto forcejeo, le llevó hasta la puerta y le dejó apoyado en la pared.

—Lárgate, True —le gritó—. *Carrot* Temple anda por ahí... Aquí nadie te quiere. Será mejor que no vuelvas.

Harper se sacudió simbólicamente las manos y volvió al interior de su negocio.

Poco a poco, Ted fue tomando conciencia de lo que había ocurrido, porque... ¡había sido todo tan rápido!

Sin embargo, acababa de observar una cosa: Harold Diss había desaparecido misteriosamente.

Tomó su silla, se sentó y miró a Neil.

—Ted, eres sorprendente —murmuró ella, en tono tan bajo que sólo él podía oírla—. ¡Y yo que te creí un hombre sin redaños...! Perdóname, Ted. Pero ya sabes lo que son las cosas... Creo que, en realidad, no te conocía bien. Ahora... ¿Sabes una cosa, Ted? —bajó el tono de voz, acarició la mano izquierda de Fordike y susurró—: Creo que empiezo a enamorarme de ti...

Un intenso placer inundó a Ted. Neil, aquella esplendente mujer, confesaba que empezaba a sentir amor hacia él... ¡El! ¡Un infeliz, un hombre mísero, gris, sin relevancia alguna!

Imaginó los pensamientos de Neil si supiese que... se había decidido a darle aquel silletazo a True porque contaba con la presencia próxima de *Carrot* Temple y la protección de Joey Harper...

Pero ¡al diablo! No había que pensar ahora en aquellas cosas.

Correspondió tímidamente a la caricia de Neil y sintió que torrentes de lava ardiente recorrían su sistema venoso.

—¡Harper! —exclamó en voz alta—. ¡Trae otros dos *whiskys* dobles!

El tabernero depositó el pedido sobre la mesa, rápido y cordial.

¿Qué más podía pedir un hombre como Ted Fordike? Para él, aquélla era una noche triunfal, la noche más feliz de su vida, quizá.

Neil se sentía emocionada. Sus rubios cabellos acariciaban sus prodigiosos senos con suavidad y sus grandes y expresivos ojos dorados resplandecían.

Bebieron.

—¿Sabes, Ted? Teníamos que conocernos, era imprescindible... ¡Un hombre como tú, honrado, serio, valiente...! No creas... Yo siempre tuve en cuenta cuánto te sacrificabas por Kordan, el pobre ciego. —Neil dejó escapar una arrolladora y vibrante carcajada—. ¿Sabes qué piensa la gente acerca de Kordan? ¡Dicen que oculta una fortuna en no sé qué sitio...!

Otra vez lo mismo. ¡Qué torpeza la de aquellas murmuradoras plebes...!

—Blaine es más pobre que las ratas —afirmó. Apuró su *whisky* de un enérgico trago y pidió otros dos a Harper—. ¿De dónde iba a sacar dinero Kordan? El infeliz apenas recoge unos peniques cada día. Lo único que tiene es...

Se cortó bruscamente. Había estado a punto de decirlo.

Porque era verdad: Blaine poseía una joya valiosa, una pieza que pocos podían imaginar. Para Ted, sólo suponía un capricho de su pobre amigo, a pesar del considerable valor de aquel reloj.

Era un viejo reloj de oro macizo que tenía incrustados doce diamantes en los puntos correspondientes a las horas.

Aquella joya no valdría menos de trescientas o cuatrocientas libras, desde luego.

¿De dónde lo había sacado Blaine, cómo había llegado a sus manos? Misterio. Ted no lo sabía, ni le había hecho ninguna pregunta al respecto. Por otra parte, Blaine se lo había mostrado en el mayor secreto y como señal de absoluta confianza hacia él.

De todas formas, ¿qué utilidad podía tener un reloj convencional para un ciego? Había unos, especiales, que podían ser utilizados por las personas privadas de la vista. Aquellos relojes montaban sobre su esfera unas agujas muy robustas y unos números en relieve que podían palpar las sensibles yemas de los ciegos...

El reloj de Blaine no era así, sino una pesada y valiosa joya que sólo representaba su valor en dinero contante y sonante.

—¿Para qué lo quieres? —le había preguntado Ted—. Una pieza así sólo puede acarrearle la codicia de los rateros.

—Escucha, Ted, amigo mío: yo sé la hora con sólo llevarme el reloj al oído. Tú no sabes cómo lo consigo, pero te lo voy a explicar: el segundero roza levemente al horario cuando pasa bajo él. Entonces se altera el ritmo de su marcha y el reloj va más despacio. Así comprendo la hora que es. Desde luego nunca lo saco a la calle. Pero en mis largas noches de insomnio, el reloj me acompaña con su acompasado tic-tac y me dice la hora que es, el tiempo que me resta para levantarme y esperarte —había respondido el ciego.

—¿En qué piensas, amor? —se oyó la voz de Neil, ronca y dulzona.

Ted se sobresaltó un canto.

—Estábamos hablando del ciego —le recordó ella. Bebió un traguito de *whisky*, aceptó el cigarrillo que Ted le ofrecía, pero lo

rechazó en seguida—. ¡No, no; enciéndelos tú los dos!

Obedeció, tembloroso y emocionado. ¡Ella iba a fumarse un cigarrillo encendido en sus delgados y fríos labios descoloridos...!

Tendió el pitillo a Neil y ella dejó escapar una densa nube de humo azulado.

—¿Qué hablabas de Blaine, cielo?

—Nada. Es un buen hombre. Le tengo amistad, pero... me avergüenzo de sentir por él compasión. ¡Lleva una vida tan aislada, mísera y solitaria...! —respondió con vehemencia.

Neil le envolvió en una mirada cálida.

—¡Pobre Ted! Sientes compasión de Blaine Kordan, cuando tu existencia es tan triste como la suya... Nunca lo hubiera imaginado, Ted, pero ahora sé que posees un corazón de oro.

—Gracias —respondió Fordike en un susurro apenas audible—. También tú eres una buena chica, Neil.

Ella se inclinó hacia atrás, entre voluptuosa y burlona.

—¡Oh, yo...! Soy fuerte, animosa, audaz y... tengo una mala leche terrible cuando alguien llega a mí con malas intenciones —opinó rotundamente—. A mí me sobran energías, Ted. Sé apañármelas perfectamente, pero tú...

Parecía que Neil le tenía lástima, a pesar de lo cual él podía captar un reflejo afectuoso y profundo en los ojos dorados de la meretriz.

Un tanto turbado, se incorporó y se acercó a la barra para pagarle a Harper.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella, disgustada—. ¿No te dije que esta noche pagaba yo?

—Está bien, Neil —respondió Ted con su cortedad habitual—. Pero yo quería ofrecerte este pequeño homenaje...

Neil prorrumpió en una sonora carcajada.

—¡Mi pequeño Ted! ¡Pero si se comporta como todo un caballero! —exclamó, risueña—. Muy bien, Ted. Pero ahora invito yo.

Llamó a gritos a Harper y se hizo servir dos nuevos *whiskys* dobles.

Neil empezó a narrar experiencias graciosísimas y ambos rieron, felices, sabiéndose juntos y unidos.

Bromearon, fumaron y, sobre todo, bebieron.

Al fin, Ted comenzó a sentirse tremendamente mareado.

—Ya está bien por hoy, Neil. Me siento..., me siento...

—Tienes razón, Ted, viejo amigo. Creo que es hora de que nos vayamos a dormir —respondió ella.

Fue hasta la barra con pasos no muy seguros y luego ambos dieron las buenas noches a Harper y abandonaron la cervecería.

Neil se apoyó en el pecho de Fordike y éste sintió nuevamente la agudísima llamada del deseo.

—¡Ven a mi casa, Neil! —suplicó, enfebrecido—. Aunque sólo sea esta noche.

Ella se tambaleó y le miró.

—Esta noche no, pequeño mío. Ni tú ni yo estamos ahora para esos... trotes, mi querido Ted. Mañana, cuando tú quieras. Acércate —las dos cabezas se unieron y Ted aspiró profundamente el perfume de la hembra—. A ti no te cobraré ni un condenado penique.

—¿Entonces...? —preguntó él, triste y ardoroso.

—Esta noche no resultaría bien, Ted. Debes comprenderlo. Pero ¿por qué te entristeces? Vamos, hombre, ánimo... Hemos pasado un buen rato juntos. Y te lo prometo, Ted —un leve hipido cortó sus palabras—. Mañana. No lo olvides: mañana.

—¿Puedo..., puedo acompañarte hasta tu casa? —imploró él, agarrándose a un clavo ardiendo.

Neil dejó escapar una carcajada de conmiseración.

—¡Pobre Ted! ¿No ves que apenas te tienes en pie sobre tus piernas? No seas niño. Vete a descansar y yo haré lo mismo. Recuérдалo: mañana —prometió ella con un gesto pícaro.

Se separaron. O, mejor dicho, fue ella la que se alejó hacia Bigboat Lane. Porque Ted permaneció en pie, pero tambaleante, hasta que la silueta armoniosa de Neil Grapelli se perdió de vista.

Entonces echó a andar sin rumbo. Naturalmente quería dirigirse al número once de Wright Street, porque debía descansar, madrugar, acompañar a Blaine, tomar el autobús para ir a la funeraria...

Caminaba a través de la niebla. Torpemente, vacilantemente...

Al cabo, se detuvo en una esquina y alzó sus ojos hasta la placa empotrada en lo alto del muro. Se encontraba en Waurd Street, a varias manzanas de su casa.

Dio la vuelta y se alejó canturreando.

CAPÍTULO III

La campanilla del despertador repercutió dolorosamente en su cerebro.

—¿Cómo? —se preguntó Ted—. ¡Si apenas acabo de acostarme...!

Se incorporó con torpeza, encendió la luz y consultó el reloj. No cabía duda: eran las cinco y media de la mañana.

Con movimientos de autómata, Ted se puso en pie, se echó encima un raído batín y caminó hacia el exiguo cuarto de aseo.

Medio dormido y con un insoportable dolor de cabeza, empezó a afeitarse. Se cortó, naturalmente, y tuvo que aplicarse en varias partes de su rostro la barrita cortasangre.

Sin perder tiempo, enchufó el hornillo eléctrico, atascó la cafetera de café y la puso sobre el fuego. Inmediatamente, volvió al cuarto de aseo, se limpió los dientes, se lavó y se peinó.

La cafetera soltaba chorros de vapor mientras se vestía, había dejado sus ropas de diario, todavía húmedas y se puso el traje de los domingos.

El abrigo pesaba una barbaridad, todavía empapado en agua, por lo que se puso la gabardina y tomó el paraguas.

Consultó la hora. Con las cortaduras de la cara se le había hecho tarde y eran las seis menos cinco.

—Blaine estará impacientándose ya —dijo.

Se quemó los dedos al apartar la cafetera del fuego. Y se abrasó labios y lengua, al ingerir el negro brebaje sin azúcar que acababa de verter sobre una taza desportillada.

¡Maldita sea! Sólo faltaban dos minutos para las seis. Y Blaine aguardándole...

Tenía que tomar algún dinero para el autobús, para el almuerzo.

Alcanzó una jarrita metálica del más alto estante en la cocina y vació su contenido. No había calderilla: sólo los dos billetes de

cincuenta libras.

Se los echó al bolsillo con gesto decidido y se dirigió a la puerta. Tuvo que volver aprisa para recoger el paraguas y, después, para descolgar la llave, para cerrar la puerta...

¡Maldita sea...!

Bajaba la escalera velozmente, con la agilidad de un muchacho.

Recordó a Neil y una sonrisa distendió sus pálidas facciones.

¡Neil, qué maravilla!

Ella había dicho: *mañana*.

Pero mañana era hoy.

Salió a la calle. La niebla, espesa, apenas permitía ver a diez pasos.

Siempre solía aguardar un minuto, inmóvil, para echar una minuciosa mirada a la tortuosa calle. Pero aquella mañana Ted echó a correr rápidamente hacia el número veintiuno.

Cruzó ante los vacíos escaparates de la relojería de Harold Diss y plegó los labios en un gesto despectivo.

Un momento después, descendía los seis peldaños que llevaban al sótano.

Empujó la puerta y se detuvo, rígido.

La luz estaba apagada.

Ciertamente, Blaine no necesitaba que la bombilla estuviera encendida, pues él se movía con bastante seguridad entre las tinieblas, pero siempre tenía la delicadeza de encenderla para evitar que Ted pudiera caerse al tropezar en la oscuridad.

Durante miles de mañanas, Ted había empujado aquella puerta y siempre había visto encendida la luz.

Pero hoy la bombilla estaba apagada.

—Blaine... —llamó—. ¿Estás ahí?

Nadie respondió a su llamada.

Volvió a insistir:

—Blaine, amigo mío, ¿estás enfermo?

Pero no obtuvo respuesta.

Pasaron dos o tres minutos. Ted estaba desconcertado.

Al cabo, buscó las cerillas en su bolsillo y rascó un fósforo.

Avanzó unos pasos a la vacilante llama de la cerilla, encontró el interruptor de la luz y lo bajó.

Su mirada recorrió la mísera estancia.

Blaine no estaba allí, fue lo primero que advirtió.

La estufa estaba apagada, la banqueta junto al lecho y éste cuidadosamente ordenado, como Blaine acostumbraba a dejarlo cada mañana.

Todo estaba en orden, como siempre. Pero faltaba Blaine.

—¿Se habrá enfadado? —se preguntó—. Sí, eso debe ser. Son ya las seis y diez. Se le ha acabado la paciencia y ha decidido marcharse solo.

En la miserable vivienda de Blaine Kordan no existía retrete ni ningún otro servicio higiénico.

Ted sabía que Blaine solía utilizar los de la cervecería de Harper, lo que éste, comprensivo, permitía.

Ted se encogió de hombros. Pero se sentía profundamente disgustado consigo mismo: durante diez años, era la primera vez que le fallaba al ciego.

La causa había sido aquella encantadora y emocionante velada en compañía de Neil Grapelli.

Pues bien, iría a ver a Blaine y se lo explicaría. El ciego conocía a Neil y sabría disculparle.

Ya se disponía a salir, cuando se volvió desde el pequeño cubículo que limitaba la vieja puerta carcomida.

¿Qué ocurría...?

Sus ojos repasaban los escasos objetos de la estancia: el camastro, la banqueta, el viejo y destartado armario, la estufa...

—¡Ya está! —Ted se golpeó el parietal—. Sabía que faltaba algo. Y ahora lo sé: no está el atizador de la estufa.

Caminó hacia el fondo, registró los rincones...

Nada.

Volvió y abrió el armario, cuyas puertas chirriaron quejumbrosamente. Palpó las pobres ropas de Blaine, se inclinó y tanteó la parte inferior.

El atizador no aparecía por ninguna parte.

—Es extraño —se dijo—. ¿Dónde puede estar...?

Sólo faltaba un sitio por registrar: el lecho.

Con un cierto sentimiento de pudor, Ted alzó las viejas mantas y palpó el duro colchón, pero no halló lo que buscaba.

Entonces se arrodilló y avanzó una mano bajo el camastro.

Una gélida corriente recorrió su epidermis... ¡Acababa de tocar

una mano!

Una mano fría, helada.

Su respiración se tornó agitada y sus manos comenzaron a temblar.

Al cabo, reunió fuerzas suficientes para agarrar la parte inferior del metálico camastro. Tiró con fuerza hacia arriba y lo trasladó lateralmente con cierto esfuerzo.

Allí, oculto parcialmente por la parte superior del camastro, estaba el cadáver de Blaine Kordan.

El cadáver.

Ted lo supo inmediatamente, porque el cuerpo estaba rígido y frío. Y también por aquel pequeño charco de sangre coagulada que empapaba los ladrillos del pavimento.

Durante unos segundos, Ted permaneció contemplando el cadáver en actitud pasiva, sin capacidad suficiente para reaccionar.

Luego un sollozo hondo brotó de su pecho.

—¡Blaine, pobre amigo mío! ¿Quién pudo hacer esto contigo?

Acarició los pajizos cabellos del ciego y de sus labios brotaron palabras incoherentes que expresaban su profundo pesar.

—Blaine, pobre amigo... ¿Quién..., quién, quién?

Le habían hundido el cráneo con tremendos golpes, que revelaban un feroz salvajismo.

Golpes que podían haber sido asestados *con el atizador*.

¿Por qué lo habían hecho?

Blaine era un ser inofensivo, paciente, bondadoso...

¡El reloj...!

Blaine siempre llevaba el reloj consigo, sepultado en lo más hondo y seguro de sus bolsillos. Ted sabía que el ciego no se separaba de aquella joya ni de día ni de noche.

Le registró escrupulosamente, con delicadeza, como si sus dedos pudieran herir al desgraciado Blaine Kordan.

Pero el reloj no apareció.

—¡Ah, canallas! —rugió Fordike—. Luego le mataron para robarle...

¿Qué hacer?

Aunque le hubiera gustado permanecer durante horas y horas velando el definitivo sueño de su pobre amigo, había que ponerse en movimiento.

Ted se puso en pie. Y volvió a estremecerse al comprobar que sus dedos se habían manchado de la sangre del muerto.

Sacó un pañuelo limpio y se frotó las manos con fuerza. Luego se guardó el pañuelo y salió.

Al final de Wright Street había una cabina telefónica.

Anduvo aprisa, sin dirigir la habitual mirada a la cervecería de Harper, que un sobrino suyo abría muy de mañana.

Hizo una llamada a la policía y otra al dueño de la funeraria, míster Simpson.

Explicó a Simpson lo que ocurría y le advirtió que tal vez llegase tarde al trabajo, pero su jefe le tranquilizó diciéndole que se tomase el tiempo que fuera necesario.

Media hora después llegó un coche de la policía.

Ted, que esperaba junto a la cabina, les hizo una seña con el brazo y el automóvil se aproximó.

—Soy Ted Fordike. Vengan, vengan, por favor. Yo les guiaré —exclamó, muy nervioso.

El coche ascendió lentamente a lo largo de Wright Street, casi a la misma velocidad que el agitado y trémulo Fordike.

Luego les precedió hasta el sótano y señaló el lugar donde se encontraba el cadáver.

Dos agentes apartaron el camastro y descubrieron el cuerpo. A continuación registraron escrupulosamente la sencilla habitación y se volvieron hacia Ted.

—Según declaró por teléfono, usted era el único amigo de este hombre. ¿Ha echado en falta algo? —preguntó el policía que se había presentado como inspector Fulham.

—¡Sí! Me sentí extrañado al comprobar que faltaba el atizador. El... atizador de la estufa. Era una barra de hierro, gruesa, muy pesada... ¡Pobre Blaine, le golpearon con...!

—¿Cree que falta algo más? —Fulham le miraba con tal fijeza que Ted se sintió aún más nervioso.

—Un..., un reloj de oro. Un reloj de oro macizo, con doce brillantes —respondió.

—¿Cómo sabe que falta ese reloj? —los ojillos del inspector le vigilaban con suma atención.

—Pensé..., pensé que podía ser el motivo del... asesinato. Re... registré los bolsillos de Blaine y lo eché en falta —tartamudeó.

Fulham siguió disparando preguntas sin interrupción...

Desde cuándo conocía a Kordan, de qué vivía éste, qué sitios solía frecuentar, cuál era la profesión de Ted, a qué hora se había ido a la cama, a qué hora se había levantado...

A Ted se le aflojaban las piernas y la cabeza le daba vueltas. Fulham le acosaba tenazmente, como..., como si él único sospechoso fuese ¡él precisamente, Ted Fordike!

Entretanto, otras personas habían descendido hasta el húmedo cuchitril. Un fotógrafo, unos sanitarios, el forense, un oficial del juzgado...

Por fin, los sanitarios tendieron el cadáver de Blaine en una camilla y se lo llevaron peldaños arriba. En el lugar que había ocupado su cuerpo quedó una silueta marcada en tiza y el pequeño charco de sangre coagulada.

Ted sentía la imperiosa necesidad de escapar de allí cuanto antes. Lo cierto era que se sentía apresado en una ratonera. Pero... en la puerta montaban guardia dos fornidos agentes del Yard.

Fulham volvió junto a él, tomó su nombre, su dirección y la de la funeraria donde trabajaba y le dirigió una penetrante y fría mirada.

—Tendrá que ir a la comisaria del Strand para firmar una declaración, Fordike —pronunció con un tono que a Ted se le antojó acusador.

Asintió. Pero estaba temblando. A cada momento se miraba las manos, temiendo que algún rastro de sangre hubiera quedado sobre su piel.

—¿Puedo..., puedo irme? —preguntó con una voz que apenas reconoció como suya.

—Puede marcharse..., por ahora. Pero le advierto que no debe abandonar la ciudad de Londres —respondió el policía.

—Así lo haré, señor —murmuró Ted. Y escapó.

Siguiendo la costumbre, se dirigió aprisa a la parada de autobús. Pero al pasar ante la cervecería de Harper sintió la irresistible tentación de tomarse un café. Y quizá un *brandy*. Sus nervios, descontrolados, necesitaban alguna bebida que le reanimara y confortara.

Había poca clientela a aquella hora: apenas unos cuantos descargadores de los muelles, que consumían en silencio sus

desayunos.

Pidió café y una copa de *brandy* y aguardó en un extremo de la barra, encogido sobre sí mismo.

Pensó en la distancia que separaban dos momentos muy próximos de su vida: la noche anterior, en compañía de Neil, después de haber dado una buena lección a *True Chapman* y... aquella fría y desapacible mañana, embargado por el dolor, la inquietud y el temor.

Syd puso el café humeante sobre la barra y llenó su copa de *brandy*. Mientras bebía el caliente brebaje a pequeños sorbos, Ted rememoró aquel momento del hallazgo de Blaine, muerto.

El cuerpo del infeliz estaba casi desnudo, apenas vestido con una vieja y agujereada camiseta y un calzoncillo azul...

¿Y sus ropas...?

Ted las había dejado la noche anterior puestas sobre la banqueta, al calor de la estufa, pero... cuando Fordike separó el camastro, halló los calcetines, los zapatos, el pantalón y la chaqueta hechos una bola, arrugados y húmedos, bajo la cama.

«Las ropas de Blaine no llegaron a secarse —pensó—. Lo que quiere decir que quien le mató penetró en el sótano no mucho después de que yo le dejara».

Era una sencilla pero certera deducción. Ted terminó el café y se tomó el *brandy* de un trago. Su sangre empezó a reaccionar y se sintió mejor, por lo que pidió a Syd que le volviera a llenar la copa.

El cadáver de Blaine estaba desnudo, es decir, con la camiseta y los calzoncillos. Y esto obligaba a pensar que el asesino había sorprendido al ciego dentro del lecho.

—Le mataron con golpes del atizador, y luego fueron a la banqueta y registraron sus ropas. Buscaban el reloj..., ¿qué otra cosa si no? Kordan no disponía de otra cosa de valor.

Y luego... Luego pusieron el cadáver bajo la cama, metieron en el mismo sitio sus ropas y el bastón y ordenaron la cama para que diese la sensación de que Blaine se había marchado.

—¿Qué buscaban con aquella grotesca *mise en scène*? —Blaine volvió a beber del *brandy* de su copa y el ardiente licor inundó de fuego sus entrañas—. Quizá sólo trataban de ganar tiempo.

Ted encendió un cigarrillo.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua...

—¿Quién...? ¿Quién le mató?

True Chapman.

La catadura moral de Chapman encajaba a la perfección en la figura del criminal nato.

¿O Harold Diss...?

El relojero se encontraba en grave situación económica. Despreciaba al ciego, pero era muy posible que Kordan hubiera recurrido a él para reparar su valioso reloj.

Si era así, Diss conocía la existencia de aquella joya y su codicia podía haberse despertado.

¿Y por qué no los dos, Chapman y Diss?

La noche anterior ambos se habían encontrado en la cervecería de Harper. Habían mantenido una conversación *sotto voce*, apartados de la multitud, y demostraban un evidente interés porque nadie escuchase su diálogo.

Ted se sentía más animado, aunque no dejaba de pensar ni un solo momento en el cráneo destrozado del pobre Blaine.

Pidió otra copa de *brandy* y encendió un nuevo cigarrillo.

Pasados los momentos de mayor nerviosismo —a lo que había colaborado mucho el inspector Fulham con su actitud inquisitiva y recelosa—. Ted comenzaba a ver las cosas más claras.

Recordó la agitación de Blaine, la noche anterior, y también aquellas frases, al parecer carentes de sentido, pero que ahora cobraban un nuevo y claro significado:

—¡Canalla...! El no lo sabe, pero yo puedo oírle, incluso puedo penetrar sus más íntimos pensamientos...

Absorto en sus pensamientos, Ted se sintió demudado cuando aquella idea se engendró en su cerebro... *Se diría que, la noche anterior, Kordan era consciente de que alguien iba a asesinarle.*

¡Sí! Su actitud alerta, vigilante... Su rostro desencajado y pálido, su desacostumbrada agitación, la brusquedad e impaciencia que demostró cuando echó a andar hacia su pobre vivienda...

E incluso aquella angustiada llamada cuando Ted se disponía ya a abandonar el sótano.

—Blaine *sabía* que iban a asesinarle.

¿Chapman, Diss...?

¡Los dos!

Harold se había puesto de acuerdo con el matón para encargarle

el asunto. ¿O para llevar a cabo el asesinato entre ambos?

De repente, Ted miró la hora.

¡Las nueve y cuarto! ¡Cómo había corrido el tiempo, apenas sin dejarse sentir!

Tenía que olvidarse de todo y acudir al trabajo. Al fin y al cabo, ¿quién era Ted Fordike, sino un hombre gris, pusilánime, tímido, sin la menor experiencia?

—La policía encontrará al criminal, más tarde o más temprano —se dijo, resignado.

Puso una libra sobre la barra y Syd le devolvió unas monedas, que Ted se apresuró a guardarse.

Pero cuando quiso separarse de la barra, las piernas se le aflojaron y un tremendo mareo repentino le obligó a sujetarse fuerte al mostrador.

Claro, no era un bebedor veterano. Los *whiskys* de la noche anterior, más los cinco o seis *brandys* de la mañana, le habían emborrachado.

Respiró profundamente e hizo un esfuerzo por recobrar el control de sus sentidos. Al fin, cuando se sintió un poco mejor, salió a la calle.

En el estado que se encontraba era imposible acudir al trabajo. Subiría a casa, se echaría un rato, descansaría y más tarde bajaría a telefonear a míster Simpson.

La disculpa era buena: se había sentido indispuerto por el asesinato de su único amigo. Y era la verdad.

Le costó mucho remontar la escalera que llevaba al ático del edificio número once de Wright Street.

Finalmente consiguió introducir la llave en su cerradura, abrió y cerró.

Sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente y... lo retiró espantado al ver las manchas de sangre.

Descompuesto, corrió al lavabo, guardó el pañuelo en la bolsa de la ropa sucia y buscó otro limpio para enjugarse el sudor, que ahora cubría todo su rostro.

—¡Dios mío! —musitó—. ¡Si a Fulham le hubiera dado por registrarme...!

Se desnudó, se puso el pijama limpio y separó la ropa del lecho para acostarse.

Un grito se estranguló en su garganta al contemplar aquel objeto manchado de sangre... ¡el atizador!

Lo tomó en su mano, incrédulo.

—Es el atizador de Blaine —murmuró—. Pero... ¿cómo pudo haber llegado hasta aquí?

CAPÍTULO IV

Unos fuertes golpes sonaron sobre su puerta.

Ted se volvió de un respingo. ¿Quién podía ser...?

Los golpes volvieron a repetirse. Alguien golpeaba sobre *su* puerta, ya no cabía dudar.

Lleno de espanto, caminó descalzo hasta allí y miró a través del ojo de la cerradura.

—¡Un uniforme azul, un policía! ¡Vienen..., vienen a detenerme! —gimió.

Entonces reparó en que seguía manteniendo en la mano el atizador que había servido para destrozarse el cráneo de Blaine Kordan.

Espantado, retrocedió y arrojó el atizador sobre el lecho. Manchas de sangre habían quedado impresas sobre las blancas sábanas.

¿Qué podía hacer? El policía seguía aporreando, cada vez más impaciente, la puerta.

Si le abría la puerta, sería el final. El policía encontraría el atizador sobre la cama, *con sus huellas dactilares en el mango*, vería las manchas rojizas sobre las sábanas...

Sólo cabía una solución: la huida.

Se vistió rápidamente y se puso encima la gabardina.

Atolondradamente abrió la cristalera de la buhardilla y salió al tejado.

—¡Dios mío! —gimió—. Estoy borracho, mi cabeza da vueltas... Perderé el equilibrio y... me estrellaré contra el suelo.

El tejado era muy inclinado, de lisas pizarras. Pero, caso extraño, Ted echó a andar con toda decisión hacia arriba, remontó la cima y se escurrió al otro lado.

La sensación de peligro atenuaba los desastrosos efectos del alcohol, era evidente.

Por fortuna, la niebla era aún espesa, por lo que nadie podría verle desde la calle.

Al borde del tejado, se asió con fuerza al grueso cable del pararrayos y descendió hasta una azotea inferior.

Allí se detuvo. Tenía que orientarse: ahora se encontraba sobre la terraza del edificio número nueve de Wright Street. Más allá estaba la cubierta metálica de un viejo y destartelado *dock*...

«Tal vez desde allí me sea posible descender hasta Bigboat Lane», pensó.

Cruzó la terraza y se dejó caer sobre la cubierta del *dock*, tres metros inferior.

Su caída provocó un enorme estruendo metálico y Ted quedó encogido sobre sí mismo, esperando oír el estampido de una metralleta de un momento a otro.

No sucedió nada, y ello le animó a continuar su camino.

En el centro del *dock* se alzaba una claraboya. La mayoría de los cristales estaban rotos y Ted pensó que era el lugar ideal para intentar el descenso.

A pesar de su miedo y de su intensa agitación, su cerebro trabajaba fría y metódicamente.

Llegó junto a la claraboya y miró hacia abajo a través de los grandes boquetes de los cristales rotos.

La sólida trabazón de la viguería metálica cruzaba dos metros más abajo de la claraboya. Si se introducía a través del más ancho de los agujeros y se dejaba colgar de los brazos, era posible que sus pies entrasen en contacto con una de aquellas vigas.

Lo hizo cuidadosamente. No quería manchar ni desgarrar su gabardina. Sujeto, pues, al marco metálico de la claraboya, se descolgó poco a poco y tanteó a ciegas con los pies.

Un momento después de descolgaba y se asía firmemente sobre la trabazón metálica.

Abajo se veían apilados centenares de bidones de hierro. Ted no perdió el tiempo, volvió a descolgarse y se dejó caer sobre los bidones.

Dos o tres de ellos de desplazaron y rodaron por el suelo, pero Ted alcanzó la superficie sin sufrir ningún daño.

Buscó una salida. Era fácil; bastaba descorrer el cerrojo interior de la pequeña puerta auxiliar del gran portón metálico.

Abrió, se asomó cautelosamente a la calle y salió apresuradamente al comprobar que Bigboat Lane aparecía desierto en todo lo que alcanzaba la vista.

No muy lejos de allí tomó un autobús que le dejó en el centro. A partir de aquel momento, deambuló constantemente mezclado entre las gentes. Escogía deliberadamente los supermercados, los grandes almacenes y los lugares más concurridos.

Una horrible idea le obsesionaba, pero no se atrevía a exponérsela ni a sí mismo.

Pero la sospecha comenzaba a tomar cuerpo, a concretarse poco a poco.

¿Podía él, en un momento de locura, de desatinada ofuscación... haber asesinado a Blaine?

La idea —maldita e insistente idea— llevó un estremecimiento helado al pobre Ted Fordike.

El atizador, oculto en su cama... La tremenda borrachera de la noche anterior, que muy bien podía haber llegado a desquiciarle, puesto que él no estaba habituado a trasegar grandes cantidades de alcohol.

—¡No, no es posible! —se negaba a sí mismo—. ¡Yo quería a Blaine, yo le profesaba un sincero afecto, yo no tenía motivos para...!

¡El reloj...! ¿Dónde estaba el reloj?

—No. No fui yo. Jamás sería capaz de llevar a cabo un crimen tan horrendo. Y, por otra parte, no soy un hombre codicioso: para seguir viviendo me basta con el dinero que me produce mi trabajo.

Ted comenzó a tranquilizarse. Pero en su cerebro seguían atropellándose las preguntas.

Desechada ya la posibilidad de que hubiera podido matar a Kordan en un rapto de locura provocada por el alcohol, tenía que volver a su primera hipótesis: Chapman y Diss eran culpables.

Pero ¿quién había hecho llegar el atizador hasta su casa?

—*True* Chapman —se respondió sin vacilaciones— después del silletazo de anoche, *True* decidió vengarse de mí de la forma más rastrera: comprometiéndome en un asesinato.

Ted seguía caminando sin cesar, siempre mezclado con la muchedumbre en los lugares más animados y concurridos.

—La puerta estaba cerrada con llave, a Chapman no le hubiera

sido fácil, en tan poco tiempo, hacerse con una copia... ¿Cómo, entonces, llegó hasta el ático?

La respuesta vino veloz y certera:

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? True utilizó el mismo camino que yo, aunque a la inversa. Mientras yo bajaba a la vivienda de Blaine, él subió a los tejados y penetró en mi casa a través de la cristallera de la buhardilla, que sólo estaba encajada, puesto que la barra de la falleba se había inutilizado largo tiempo atrás y el casero no se había cuidado de reparar el cierre.

Sin embargo, Ted estaba convencido que aquella seguridad no iba a valerle de mucho. La policía habría entrado ya en su casa y descubierto el atizador, con sus huellas impresas en el mango.

—A estas horas, estarán radiando la orden de detención contra mí a todos los auto-patrullas de Londres. No tendré un agujero donde ocultarme...

¡Un agujero...! Quizá un agujero fuera la solución momentánea.

A partir de aquel momento, Ted se movió rápidamente.

Lo primero que hizo fue extraer mil libras de sus ahorros. A lo largo de treinta años había conseguido reunir cinco mil libras, con la secreta intención de comprar, algún día, una casita de campo en los alrededores de Londres.

«Adiós a la casita de campo —pensó, con tristeza—. Pero ahora me interesa más salvar mi pellejo».

Entró en un almacén y adquirió algunas cosas: un saco de dormir, una potente linterna, una navaja, una maleta plegable...

Compró también algunas provisiones en un supermercado. Y cigarrillos, fósforos, un peine y otros diversos objetos, todo lo cual introdujo cuidadosamente en la enorme maleta plegable.

No pensaba en la tentación de hospedarse en un hotel con nombre falso: Ted estaba firmemente seguro de que la policía le buscaría a través de hoteles, residencias y pensiones.

Aquella tarde mantuvo una conversación telefónica con su jefe, míster Simpson. Le dijo que, tras la impresión sufrida por el asesinato de Kordan, no se sentía con ánimos suficientes para reintegrarse al trabajo.

—Pienso pasar una temporada lejos de Londres, míster Simpson. Espero que sepa disculparme...

—No dude que le aprecio sinceramente, Ted. Tómese el tiempo

que necesite. Vamos a notar su ausencia, pero ya sabe que puede contar con su puesto en esta casa.

Ted le dio las gracias y se sintió un poco más aliviado. Al menos contaba con la comprensión de personas como Simpson...

Eran las nueve de la noche.

La niebla subía desde el Támesis impulsada por la brisa. Wright Street aparecía ya envuelta por aquella bruma espesa y fría.

Sonó la puerta batiente de la cervecería de Harper y una silueta femenina se recortó sobre el fantástico resplandor del foco que atravesaba la niebla.

Era Neil Grapelli. Acababa de tomarse un grog en Harper para entonar el estómago y se dirigía a la esquina de Wright y Clarence Row.

Era una noche despacible, como otras tantas, en las calles tristes de Limehouse, pero Neil estaba dispuesta a esperar hasta las diez.

No buscaba clientes. Alentaba la vaga esperanza de que Ted Fordike recurriría a ella en algún momento.

Llegó a la esquina, dirigió una ojeada a los alrededores, y se apoyó en la húmeda pared, tras lo cual buscó en su bolso y sacó una dorada cajetilla de cigarrillos. Encendió uno y expulsó una bocanada de humo, que la brisa empujó en seguida hacia Clarence Row.

A pesar de su tranquilo aspecto exterior, la animosa Neil se sentía inquieta y preocupada. Joey Harper le había dicho que la policía buscaba a Fordike.

Neil no había tenido noticias del asesinato de Kordan hasta el mediodía, hora en que, tras gozar de un tibio y perfumado baño, se vistió y bajó al restaurante Tchu-Ping, en Ward Street.

Al parecer, la policía había encontrado el arma del crimen en el domicilio de Ted, al que los *bobbies* buscaban activamente por todos los rincones de Limehouse.

«¡Qué estupidez! —había pensado Neil, al recibir la noticia—. Ted sería incapaz de cometer una porquería de ese calibre».

Ella estaba firmemente convencida de que Ted era inocente.

Pero ¿qué diablos le ocurría a Neil? ¡Ted, Ted, Ted a todas horas!

Si Neil hubiera confesado a alguien que se había enamorado de Ted Fordike, su interlocutor estallaría en una carcajada, posiblemente.

Neil trataba con mucha gente en Limehouse. Chulos, traficantes de droga, ladrones, contrabandistas, marineros... Entre ellos, había hombres guapos, hechos y derechos, que podían satisfacer a cualquier mujer. Pero no, Neil se había encaprichado de Ted Fordike, un tipo oscuro, de cincuenta y cinco años, tímido, poca cosa, delgado...

Pero Neil no podía controlar sus sentimientos. ¿Que si se había enamorado? ¡Oh, docenas de veces! Pero lo que ella comenzaba a sentir por Ted era algo diferente, indefinible.

Cerca de allí se produjo un leve rumor. Se diría que alguien arrastrase algún objeto metálico pesado...

Neil tiró el cigarrillo y se asomó, curiosa, a Wright Street. La niebla flotaba a ras de tierra y no permitía una visión muy clara, pero de todas formas, Neil no advirtió nada sospechoso y volvió a su puesto de la esquina.

—¡Neil...! —resonó una voz estrangulada, muy próxima.

Ella se volvió de un respingo, asustada, pero dispuesta a defenderse de cualquier peligro que pudiera amenazarla.

No vio nada. Y aquello comenzó a inquietarla.

—¡Neil...! —se oyó por segunda vez la voz.

Y entonces, la mujer advirtió, asombrada, que la tapa metálica de una boca de alcantarilla próxima se deslizaba lentamente fuera de su sitio.

—¡Neil...! ¡No te asustes! Soy yo, Ted.

Unas manos apartaron la tapa y una cabeza de cabellos cenicientos surgió de la alcantarilla.

—¡Ted, Ted Fordike! —murmuró Neil, demudada.

—¡Chiss! No grites, por favor. Soy yo, Neil. No temas, no pienso hacerte ningún daño —susurró el hombre.

—¡Ya lo sé! —exclamó ella, atónita—. Pero... ¿qué diablos haces ahí?

—Me busca la policía. No encontré otro lugar donde sentirme seguro, Neil —confesó él.

Ella no supo si reír o llorar. Disimuladamente, se había aproximado a la boca de la alcantarilla y contemplaba a Fordike

como a un ser de otro planeta.

—¡Caramba, Ted! —logró articular—. Me has dado un susto de muerte. Imaginé, pensé...

—Lo comprendo, Neil. Y me siento afligido. Por haberte asustado y por muchas otras cosas. Supongo que te habrás enterado...

—¿De la muerte de Kordan? Sí, desde luego. Y no voy a engañarte: la policía está buscándote por todo Limehouse. Eres el principal sospechoso del asesinato del pobre ciego.

—¿Y tú, qué piensas? —preguntó Ted, trémulo—. Es tu opinión la que me interesa.

Neil dejó escapar una risita.

—Están todos locos —exclamó luego, nerviosa—. Yo sé que tú eres un hombre honrado, Ted. Sé que eres inocente.

—Gracias —susurró él, conformado—. Neil, no sé si pedirte lo.

—Di.

—Tengo que hablarte. Pero aquí no puede ser: el *bobbie* puede acercarse en cualquier momento y... Baja, será lo mejor.

Neil le miró con los ojos desorbitados.

—¿Quieres decir que... baje... ahí? —exclamó.

—Sí. No temas. No huele muy bien, pero no hay peligro. Anda, ven —la animó—. Te ayudaré a bajar.

Neil vaciló. Pero, bueno ¿es que Neil Grapelli iba a dejar en la estacada a un amigo?

Decidida ya, corrió hasta la esquina, se cercioró de que no había nadie en las proximidades y volvió junto a Ted, que la esperaba anhelante.

—¡Entra, entra! ¡Vamos, rápido! Yo descenderé delante... Hay unos peldaños de hierro empotrados en el hormigón... Así, Neil. Yo subiré ahora y colocaré la tapa.

Desde abajo, Ted dominaba una panorámica sin igual a la luz de su linterna: las finas piernas torneadas de Neil, envueltas en medias color humo, e incluso una puntilla blanca muy sugerente.

Neil descendió sin problemas y puso pie con cuidado en el pretil que bordeaba la cloaca; y dirigió una medrosa mirada a las altas y profundas galerías que se perdían en la distancia a izquierda y derecha.

Bufó, arrugó la naricilla respingona y exclamó:

—¡Qué asco! No sé cómo has tenido valor para meterte aquí...

Pero Ted subió ágilmente los peldaños, colocó la tapa y volvió a bajar.

A la luz de la linterna, dirigida hacia arriba, ella escrutó las facciones del hombre.

—Estás muy desmejorado, Ted. ¡Pobrecillo! Claro que...

El la miró, agradecido.

—Eres una mujer estupenda, Neil. Ninguna hubiera tenido valor para llegar hasta aquí... Sí, supongo que no debo presentar muy buen aspecto. Tú, en cambio, estás tan guapa y deseable como siempre...

Neil se esponjó.

—Caramba, Ted. Nunca imaginé que supieses decir cosas tan bonitas. Por cierto... Me gustaría cumplir mi promesa de anoche, pero aquí, Ted...

—Eres muy buena —una leve sonrisa animó las facciones de Fordike—. No te preocupes, eso puede esperar: éste es un lugar repugnante y por nada del mundo te obligaría a...

Neil le oprimió una mano. Le gustaba el caballeroso comportamiento de Ted y se sentía emocionada.

—Anda, Cuéntamelo todo. ¡No, no vayas a creer que siento curiosidad, sé que hablar conmigo te servirá de desahogo!

—Bien, Neil; como tú quieras...

Estuvieron hablando en la húmeda y maloliente cloaca por espacio de una hora.

Cuando Ted terminó de hablar, ella le miró, preocupada.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó.

—¿Qué puedo hacer, sino seguir oculto?

—¿Aquí?

—Sí. Es el único sitio seguro.

—¡Dios santo! ¡Esto estará lleno de ratas, de... de...!

—No importa —respondió Ted—. A unos doscientos metros de aquí una gran atarjea general que recoge las aguas de cinco o seis alcantarillas. Allí existe un andén de unos dos metros de anchura, donde podré dormir sin peligro...

Neil se estremeció, llena de repugnancia.

—No puedo consentirlo, Ted —exclamó, decidida—. Vendrás a mi casa. Si es necesario, esperaremos aquí hasta las cuatro o las

cinco de la madrugada y entonces saldremos de este inmundito agujero. ¡Te ocultaré, te protegeré, Ted...!

Pero Fordike movió la cabeza en sentido negativo.

—Es un ofrecimiento muy generoso el tuyo, pero de ninguna forma aceptaría porque podría comprometerte —dijo.

—No me importa comprometerme. He decidido ayudarte y lo haré —insistió la mujer.

Pero Ted estaba decidido.

—De ninguna manera, Neil. No aceptaré. No tendría la conciencia tranquila, sabiendo que estaba poniéndote en peligro —explicó.

—¡Eres un loco! ¿Esperas que al final resplandezca la verdad? Sé de muchos que caminaron hacia la horca esperando que se deshiciera el error...

Ted se estremeció.

—Esperaré. Después, ya veremos...

Neil se sentía furiosa.

—Debería enfadarme contigo, Ted, pero... no puedo. ¿Qué podría hacer por ti? Escucha, ya sabes que tengo otros ahorrillos... Si necesitas dinero, provisiones..., sólo tienes que decirlo. Todo lo que yo tenga...

Fordike oprimió suavemente la fina mano de Neil.

—Gracias, gracias, pero no te preocupes. Por ahora tengo todo lo necesario —dijo Ted, emocionado.

Se sentía confortado con la presencia de Neil, con su actitud firme y protectora, con su proximidad humana, su firmeza y sus cariñosos ademanes.

En realidad, aquél era el único momento de sosiego desde que por la mañana descubriese el cadáver de Blaine Kordan.

—Entonces, ¿no puedo hacer nada por ti, Ted? —preguntó ella con acento desilusionado.

—Ya lo estás haciendo: con tu presencia me das ánimo y consuelo. ¿Querrías volver mañana? —pidió Fordike, tímidamente.

—¡Pues claro que volveré! Mañana y pasado y todos los días que sean necesarios. ¿Tienes cigarrillos, comida...?

—Sí, dispongo de todo lo necesario, no estés preocupada por eso. Ah, Neil, quisiera decirte algo...

—¿Qué...?

—Te quiero.

Neil rodeó el cuello del hombre y le besó en los labios.

Ted vibró de pies a cabeza en aquel contacto. Pero Neil se separó rápidamente y dijo:

—Creo que ahora debo volver a casa, Ted. No quisiera que la policía me detuviera ahora, cuando tanta falta te hago.

—Ve —dijo él, con tristeza.

Se adelantó, subió rápidamente los peldaños, removió ligeramente la tapa de la alcantarilla y atisbo.

—Vamos, ¡no hay nadie! —siseó.

Saltó fuera y dio la mano a Neil que le lanzó un beso y se alejó rápidamente hasta desaparecer entre la densa niebla.

CAPÍTULO V

Cinco grandes chorros de aguas negras se desplomaban sobre el fondo de la atarjea con gran estrépito.

—¡Dios mío, Dios mío...! —gimió Ted, que se sonaba la nariz con un pañuelo para atenuar el repugnante hedor.

Había visto ratas enormes que nadaban veloces en las pútridas aguas o se perseguían a lo largo de los pasadizos, exhalando agudísimos gritos que pondrían los cabellos de punta al hombre más sereno.

—¡Y pensar que tengo que dormir aquí...!

En su cerebro, formuló una muda súplica al cielo: que la situación se resolviese cuanto antes, que le fuese posible volver a su sencilla existencia anterior.

Ted se quitó la gabardina y la chaqueta, dobló ambas prendas con esmero, y las depositó sobre la maleta plegable. En seguida se despojó de los zapatos y se introdujo en el saco de dormir.

No se atrevía a apagar la linterna, pues de la próxima galería llegaban los espeluznantes chillidos de las ratas.

Con la luz encendida, pues, permaneció durante largo rato, oyendo como fondo el fragor de las aguas de la cloaca y los chillidos de las ratas.

Finalmente, la fatiga le rindió. Sus dedos dejaron de apretar el botón de la linterna y la luz se extinguió.

Dormía ya profundamente, cuando le despertó aquélla.

—¡Ted, Ted...! ¡Despierta!

Se rebulló dentro de su tibio saco, soñoliento.

Pero aquella voz insistió:

—¡Despierta, Ted...!

Fordike abrió los ojos.

¡Dios santo, le habían descubierto! ¿O estaba soñando...? Porque lo cierto es que alguien avanzaba a lo largo del pasillo de la cloaca.

Ted se incorporó de un respingo.

¿Qué era aquella figura fosforescente que desprendía una verdosa luz fantasmal...?

Ted quedó petrificado por el horror.

La figura avanzaba lentamente hacia él, caminando con decisión en medio de las densas tinieblas.

Un sudor frío cubrió la frente de Ted ante la espantosa visión.

Pero aquella voz...

—No temas, Ted. Soy yo.

—¿Quién..., quién eres? —balbució, trémulo.

—¿No me reconoces? ¿Es que has olvidado ya a tu viejo amigo...?

Ted escrutó aquellas facciones pálidas, la delgada silueta cubierta con un viejo chubasquero...

—¡Blaine...! —gritó espeluznado. Y su alarido acalló el griterío de las ratas en la cloaca próxima.

La aparición se aproximó, haciendo sonar con fuerza su blanco bastón sobre el pavimento de hormigón.

Ted se frotó los ojos.

Pero la visión continuaba.

Aquel rostro flaco y demacrado era el de Blaine Kordan. También podía conocer sus fuertes manos de finos dedos, sus característicos pasos aplomados...

Y sus ojos...

Pero ¡oh, maravilla!, los azules ojos de Blaine brillaban ahora con vida propia.

—¡Blaine, eres tú! —musitó con voz apagada—. Pero ¿cómo es posible? Yo vi tu cráneo aplastado, destrozado, sangrante... ¿Cómo es que ahora puedo verte aquí?

La figura se acercó a dos pasos del aterrado Fordike. El rostro de Kordan refulgía en medio de las tinieblas.

Había una expresión risueña, casi triunfal en aquellas facciones demacradas.

De repente, Ted dejó de experimentar miedo. No podía explicarse la presencia en la inmundicia de su viejo amigo, pero sus nervios se relajaron y su zozobra cedió.

—Bueno, Ted —dijo Blaine, con dulzura—. A ti no puedo engañarte; estoy muerto y bien muerto...

—Blaine, amigo mío...

—No estés triste, Ted. Para mí la muerte ha significado una auténtica liberación. Al principio, cuando supe que True y Diss pensaban asesinarme, me sentí aterrorizado...

—Luego... ¡fueron ellos, yo tenía razón! ¡Esos canallas...! —barbotó Fordike, indignado.

—Cálmate, Ted —dijo Kordan, con voz suavísima—. Ya nos ocuparemos de ellos... Como te estaba diciendo, el horror me sobrecogió cuando supe que iba a morir. Pero luego... ¡ha sido todo tan hermoso! Fue... como un dulce y placentero viaje hacia la libertad total.

—¡Blaine, Blaine, no lo comprendo! Si en verdad has muerto, ¿cómo puedes encontrarte ahora aquí? —preguntó Ted, desconcertado.

Kordan sonrió. ¡Qué alegres y vivos eran ahora sus ojos...!

—Bueno, lo que ves no es mi cuerpo...

—¿Que no es tu cuerpo? Blaine, amigo mío, no entiendo una palabra —se impacientó Fordike.

El ciego se arrodilló y le tendió una mano. Ted quiso estrecharla, apretarla entre sus temblorosos dedos, pero... no pudo tocar nada.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó Kordan—. No soy un cuerpo sólido, sino una porción de ectoplasma[2] que forma mi figura, la apariencia que tuve en vida.

—Entonces... —Fordike se encogió sobre sí mismo—, ¿eres un... fantasma?

Blaine dejó escapar una sonora y alegre carcajada.

—Bien... Así podría llamárseme, más o menos —afirmó.

Ted consiguió salir del saco de dormir y se apoyó en el frío muro.

—Yo... ¡Oh, Blaine, querido amigo, no sé cómo explicarme, me siento tan íntimamente confundido...! Pero óyeme, Blaine, tú tenías la obligación de advertirme... ¡Si anoche te hubieras sincerado conmigo...! Te lo aseguro, Blaine, esos canallas no te hubieran matado. Yo hubiera estado junto a ti para defenderte, ¡hubiera luchado, les hubiera dado una lección! ¿Ríes, te burlas de mí? Pues debías haberme visto anoche en Harper... True Chapman quiso humillarme, pero le di una buena lección, ya lo creo. Cogí una silla y...

—Ya lo sé —le interrumpió Kordan—. Y, puedes creerme, Ted, me sentí orgulloso de ti. Ahora ya no puedo decir esas cosas, pero... ¡qué diablos!, fue un formidable silletazo que le rompió la nariz a ese matón y le dejó tumbado en tierra.

Ted trató de apoyar su mano en el hombro de Blaine, pero resultó imposible: sus dedos sólo pudieron palpar el aire.

—¿Cómo..., cómo lo sabes? —inquirió, incrédulo.

Blaine se movió, burlón.

—¿Cómo podría explicártelo, amigo mío? Lo sé y eso es todo. Allá... —su rostro resplandeció— me permitieron venir a visitarte. Sé que has sufrido mucho, mi pobre Ted... Te veo acobardado, lleno de pavor... Pero no debes temer: precisamente yo he venido para ayudarte.

Ted dio un corto paseo sobre el húmedo hormigón. Tenía frío y se frotaba brazos y pecho para entrar en calor.

—¡Ayudarme! —exclamó. Se volvió, miró el rostro fosforescente de Blaine Kordan y preguntó—: ¿Cómo, exactamente?

El ciego se sentó suavemente sobre la maleta plegable.

—Ted, no puedes olvidar que a mí me han asesinado. Ha sido un crimen execrable, un delito ignominioso... Tú eres un hombre justo. ¿Vas a dejar que las cosas sigan así?

Ted se rascó los grises cabellos.

—Ya me gustaría solucionarlo. Blaine, ten en cuenta que es a mí a quien acusan de tu muerte. Esos granujas supieron hacer las cosas bien. El atizador, por ejemplo. Ah, ya veo que sonríes... Pero yo tengo un miedo terrible... ¡Ya ves! He tenido que cobijarme aquí, junto a las ratas...

Unos chillidos agudísimos, espeluznantes, resonaron a lo largo de la cloaca.

Blaine hizo sonar su bastón con fuerza sobre el piso y los medrosos chillidos cesaron como por encanto.

—Te dejaré mi bastón. Sacúdelo como me has visto hacerlo y las ratas se alejarán —dijo Kordan.

Ted alargó una mano y tomó el bastón. ¡Era auténtico...! Lo acarició como si fuera una criatura y lo mantuvo firmemente sujeto en su mano izquierda.

—Gracias, Blaine —susurró—. Pero...

—¿Sí, Ted...?

—Ya sabes que yo soy poca cosa —confesó, sincero—. Tú me conoces... Pues bien, Blaine: me he sentido indignado por lo que hicieron contigo, pero no me siento con fuerzas para enfrentarme con esos asesinos.

El ectoplasma de Blaine Kordan se puso en pie de un salto.

Ted le miró admirado. ¿Cuándo se había mostrado tan ágil Blaine...?

—Te aprecio demasiado para avergonzarme de ti, Ted...

¿Por qué sientes miedo? No te das cuenta... ¡Ahora tienes mi ayuda! No, Ted, no debes seguir humillándote. Tú eres inteligente. Y honrado... ¿Crees que puedo olvidar que durante diez años me serviste de lazarillo sin que, jamás, exigieras nada a cambio? Fue muy duro para ti. Los sábados, los domingos, los días de fiesta... Día a día tenías que esforzarte en madruga para llevarme hasta la cervecería de Harper. Trabajaste duro, Ted. Y ahora, pobre amigo mío, te encuentras en una difícil situación. Nada menos que acusado del asesinato de tu único amigo... Es decir, te acusan de mi asesinato.

Sobre el estrépito de las aguas desplomándose en la profunda atarjea, se alzó el rumor de la suave risa de Blaine.

Ted se detuvo en su incesante caminar y miró al ectoplasma.

—Muy bien. Veo que te diviertes, Blaine. Para mí, eso es suficiente. Te veo reír, parece gozar mucho... —volvió a caminar y luego se detuvo bruscamente—. ¿Qué piensas acerca de Neil Grapelli?

Blaine se recostó más cómodamente sobre la plegable maleta de Fordike.

—¡Neil...! ¡Oh, Ted, es una criatura incomparable! Sí, ya sé que la opinión de otras personas no coincide con la mía. Pero puedes creerme a mí, Ted. Cada noche, antes de dirigirse a la esquina de Wright con Clarence Row, Neil ponía en mi mano seis chelines. Era mucho dinero y yo se lo decía... Pues bien, para que yo no me diera cuenta, algunas veces, dejaba caer las monedas en mi bolsillo. Ella creía que yo no me daba cuenta, pero... ¿quién puede engañar a un ciego?

Ted dio una rápida vueltecita sobre el andén. Le gustaba lo que estaba escuchando.

—Pero tú se lo devolviste, Blaine —observó, con expresión

crítica. Y se detuvo para mirar a Kordan.

—¿Qué menos podía hacer? Fue aquella noche en que Jem Thopher se arrojó sobre ella para violarla y robarla.

Neil... es una mujer muy vigorosa y supo repeler la agresión, con... la providencial ayuda de Joey Harper. Pero... llegó la policía, cuando ya los Thopher habían huido. Y se la llevaron. Yo llamé por teléfono desde la cabina de Ward Street a la comisaría, dije que Neil era mi sobrina y... pagué la multa. ¡Tonterías! Neil tiene un corazón de oro y se merece mil veces más. Bueno, Ted... Neil se merece un hombre como tú.

—¿Tú crees? —preguntó Ted, confuso.

—Pues claro... Sólo que... ella espera que tú seas un hombre de una pieza. ¿Quieres que te diga un secreto? Ella cree ciegamente que tú vas a ser capaz de vengar mi muerte, de desenmascarar a mis asesinos, de reivindicar tu propio nombre. ¡No puedes defraudar a Neil, amigo mío!

Pero Ted sentía miedo. Claro que él mismo había pensado en algo semejante, pero lo cierto era que no se veía con fuerzas para llegar al final. Claro que si Neil esperaba de él un rasgo de hombría.

Blaine se puso en pie. Parecía muy contento y ligero, se movía con soltura y seguridad y le di dirigía una mirada picara.

—Compréndelo, Ted. Yo lo haría por mí mismo si... tuviera un cuerpo, un cerebro, etcétera... Pero ya lo ves: sólo soy una porción de ectoplasma. Eso sí, yo pienso ayudarte.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó, trémulo e indeciso.

—Lo siento de veras, buen amigo, pero no puedo ayudarte en eso. Tú posees inteligencia suficiente para iniciar la investigación. Todo debes hacerlo tú.

Ted se dejó caer sobre su saco de dormir. Se sentía exhausto.

—Duerme —susurró Blaine—. Necesitas descansar, porque mañana deberás trabajar de firme. ¡Será un día tan largo para ti...!

Ted notó que empezaba a adormecerse. Sus párpados pesaban kilos, toneladas...

Y quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO VI

Un chillido agudo le obligó a despertar bruscamente.

Abrió los ojos y no vio nada. Palpó, tomó la linterna y la encendió. Dos enormes ratas le contemplaban a pocos pasos de distancia con sus brillantes ojos negros, expectantes.

—¡El bastón...! —murmuró Ted, adormilado.

Allí estaba el bastón. Lo cogió, golpeó con fuerza sobre el piso y las ratas se alejaron al punto, sin dejar escapar uno solo de sus alucinantes chillidos.

Ted contempló con expresión estúpida aquel bastón.

Y entonces recordó a Blaine.

—¡No puede ser! —murmuró, frotándose los ojos—. Qué pesadilla tan estúpida.

¿Todo había sido un sueño, una pesadilla provocada por su extrema tensión nerviosa?

Era lo más sensato. Pero, en tal caso, ¿cómo había llegado a su poder aquel bastón blanco?

Ted se escurrió fuera de su saco de dormir. Cerca, las aguas negras se precipitaban violentamente sobre el fondo de la atarjea.

Miró su reloj. Las nueve. ¿De la mañana, de la noche...?

Quedó en pie, indeciso. Su cerebro, sometido a la presión de mil ideas inconexas y dispares, apenas disponía de tiempo suficiente para elaborar ideas claras.

Al cabo se puso en movimiento con decisión. Recogió y plegó el saco de dormir, lo guardó en la maleta, se vistió la chaqueta y la gabardina, se peinó cuidadosamente mirándose en un espejito y, finalmente, guardó la toalla en la maleta y colgó ésta de los tubos metálicos que se extendían a lo largo de la cloaca.

«Es de día —pensó—. Debo aprovechar el tiempo».

Echó una ojeada a la maleta —a salvo, en las alturas, de la voracidad de las ratas— y comenzó a andar a lo largo del estrecho

pasillo.

Un plan comenzaba a concretarse en su mente: tenía que buscar a True Chapman y encontrar el reloj de Blaine Kordan.

True solía trasnochar demasiado, por lo cual a aquella temprana hora de la mañana se encontraría todavía durmiendo en su canastro del viejo edificio de aduanas.

Ted se detuvo, sacó el plano y callejero que había comprado el día anterior y lo consultó con toda atención.

Trazó unas líneas sobre el plano y prosiguió su marcha.

Tenía que andar con cuidado: las cloacas principales, correspondientes a las vías importantes, tenían unas indicaciones en los muros, con el nombre de las calles correspondientes; pero no sucedía lo mismo con los callejones y travesías de la zona portuaria que formaban una intrincada red de alcantarillas secundarias.

Ted llevaba un rotulador graso en su bolsillo. Era de color amarillo y destacaba claramente a la luz de la linterna. Así, cuando llegó al cruce con Bigboat y Ward Street, Ted dibujó una «T» y una flecha indicativa.

Lo hacía así porque conocía el riesgo de perderse en aquel tremendo dédalo de alcantarillas.

Torció la primera a la izquierda. Las aguas estaban inmóviles. Algunas ratas chillaron en la oscuridad, pero Ted hizo sonar su blanco bastón y los roedores enmudecieron.

Doscientos metros más allá tuvo que volver sobre sus pasos: la cloaca estaba atascada, interrumpido el paso por gruesas maderas, cajas y arena.

De vuelta a Ward Street, trazó una «W» y la tachó con dos trazos amarillos. Para él significaba que aquella vía subterránea era inútil.

Miró la flecha que había trazado antes de penetrar allí y siguió adelante a través de la cloaca que discurría a lo largo de Ward Street. Pensó que en aquella calle vivía Neil y se detuvo un instante, emocionado.

Prosiguió la marcha hasta la próxima atarjea. Un grueso colector vertía sus residuos allí con sonoro fragor.

Consultó el mapa de nuevo y torció otra vez a la izquierda. Caminó como unos quinientos metros. De vez en cuando se detenía ante la escalera de una alcantarilla, ascendía, elevaba apenas la tapa y miraba al exterior.

A la tercera vez que hizo aquello, vio un gran patio pavimentado de adoquines donde crecían los yerbajos de forma libre y anárquica.

—¡El patio del viejo edificio de aduanas! —murmuró, al reconocer el lugar.

Ningún punto mejor que aquél para emerger a la superficie sin ser visto. En uno de aquellos viejos edificios solía albergarse True Chapman.

Apartó despacio la tapa y salió afuera.

El cuadrado patio estaba limitado por cobertizos. Al fondo, se veía una vieja báscula, que ya no se usaba. Los cristales de las ventanas estaban rotos en su mayoría; todo daba una sensación de dejadez, de abandono, y de soledad.

Ted se dirigió furtivamente hacia la báscula. Detrás de ésta había una puerta abierta, un amplio *hall* encristalado y una esbelta escalera de caracol. Todo el suelo estaba cubierto de polvo, detritus resecos y telarañas.

Pero desde la puerta metálica que daba al exterior —sujeta con un simple gancho— hasta la escalera, Ted advirtió un estrecho pasillo transitado. Alguien utilizaba aquel camino con frecuencia...

Ascendió despacio los sucios peldaños.

Arriba se oyó un leve rumor, como si alguien arrastrase algún objeto metálico muy pesado. Ted se detuvo, rígido y asustado, y elevó sus ojos a las alturas...

Súbitamente saltó hacia arriba, aterrado.

La viga cayó sobre la maciza baranda de hierro y la tronchó como si fuera de plomo. Con gran estruendo, aquel pedazo de hierro de unos cuatrocientos kilogramos de peso, rebotó contra los peldaños, los rompió y quedó finalmente atravesada en la escalera.

—¡Dios santo! —murmuró Ted—. Un solo segundo de indecisión y...

Quedó encogido sobre sí mismo, sin atreverse siquiera a respirar.

De las alturas llegó el rumor de unos pasos apresurados y luego se hizo el silencio.

Ted se sentía muy mal. El estómago, vacío, le provocaba arcadas y los nervios ponían temblores desacompañados en sus piernas.

Todo su ser le aconsejaba la huida, pero... esperó allí inmóvil, como un animalillo indefenso.

Transcurrieron veinte, quizá veinticinco minutos. El silencio era absoluto en el viejo edificio de aduanas.

Ted se incorporó, dirigió una mirada temerosa a la doblada baranda y a la viga metálica cruzada sobre los últimos peldaños y, tras un leve suspiro, reinició la ascensión.

Arriba había un enorme vestíbulo desierto. Se oía el leve rumor de la carcoma y el silbido de la brisa penetrando a través de los cristales rotos.

Sólo tenía que guiarse por la senda que las pisadas marcaban sobre la gruesa capa de polvo. Cruzó ante las oficinas destartalladas, avanzó a lo largo de un oscuro pasillo y desembocó ante una espaciosa habitación, cuyos sucios cristales estaban cubiertos de telarañas.

Había allí una mesa con sólo tres patas, una silla y un camastro.

Sobre la mesa se veía un plato con restos de comida, un vaso y una botella de oporto con dos dedos de vino.

Ted se aproximó a la mesa, entre tímido y medroso.

Por encima de la botella advirtió el bulto que ocultaban las mantas. ¡True estaba durmiendo...!

Paso a paso llegó junto al mugriento camastro. Aquel lugar hedía y Ted arrugó la nariz, ofendido.

Tomó un pico de la manta y lo apartó.

Su estómago se alteró inmediatamente a la vista de la tremenda carnicería.

Aquel hombre era True Chapman, en verdad. Es decir, lo que quedaba de él...

Alguien le había abierto el vientre de una cuchillada atroz. El cuerpo, no obstante, estaba aún tibio, lo que revelaba que acababa de morir minutos antes...

A pesar de sus tremendas náuseas, Ted sintió ganas de llorar. True muerto, ya no podría obtener la menor ayuda de él. Ni por las buenas ni por las malas...

Ya se disponía a marcharse, cuando, al retroceder, sus pies empujaron algo que tintineó sobre el suelo.

Se inclinó, miró y... vio la navaja barbera. La temible hoja afilada estaba manchada de sangre.

Ted quedó en suspenso. ¿Qué podía hacer?

En un rincón había un periódico amarillento. Ted la abrió,

seleccionó una hoja limpia de polvo y la rasgó.

Con gran cuidado hizo resbalar el papel bajo la navaja barbera hasta que, sin tocar la terrible arma, consiguió envolverla en la hoja de periódico.

Se la guardó en un bolsillo, corrió a través de los polvorientos pasillos y descendió al patio.

La niebla comenzaba a elevarse y el sol brilló un momento sobre los viejos tejados del edificio de aduanas.

Ted se paró un momento. Porque él amaba la luz y el sol...

Sin embargo, un momento después descendía de nuevo a las tinieblas a través de la boca de alcantarilla.

CAPÍTULO VII

Diluviaba cuando Neil Grapelli abandonó Harper y abrió su pequeño paraguas, protegida bajo la marquesina.

Eran las nueve treinta de la noche.

Neil se sentía inquieta, tras la visita de aquel policía llamado Fulham.

Ella estaba en su casa de Ward Street contemplando la lluvia a través de los cristales, cuando sonó la campanilla de la entrada.

No tenía nada que temer y corrió a abrir. Aquel hombre le mostró un documento y... se introdujo frescamente en su casa.

—Miss Grapelli, ¿verdad? —dijo. Y echó una crítica ojeada alrededor.

—¿Qué quiere usted? ¿Por qué entra en mi casa? No tiene derecho a...

El hombre sonrió.

—Miss Grapelli, si yo quisiera, usted estaría en prisión hace mucho tiempo. Sólo mi comprensión y el hecho de que usted no se haya comprometido nunca seriamente con rufianes, han hecho posible que esté libre... Por ahora —dijo Fulham, con su voz educada y dulce.

Neil no se dejó intimidar. Sabía lo suficiente para comprender que el policía no iba a detenerla. Sólo necesitaba información.

—Al grano —dijo expeditivamente—. ¿Qué es lo que necesita?

—¿Es usted amiga de Edward Fordike, supongo?

—Regular —contestó Neil, al tiempo que pensaba: «Conque por ahí iban los tiros».

—Bien. —Fulham simulaba mirar el papel de las paredes—. Su amigo está metido en un lío muy serio, ¿sabe? Si usted puede verlo..., si tiene la posibilidad de entrevistarse con él, yo le aconsejaría que me llamase urgentemente a la comisaría del Strand —el policía le tendió una tarjeta que Neil leyó rápidamente:

«George Fulham, inspector principal». Y un número de teléfono.

—No he visto a Ted desde..., desde anteayer. Y, dadas las circunstancias, no creo que vuelva a verle —respondió, segura de sí misma.

George Fulham se volvió hacia la puerta.

—No obstante, *miss* Grapelli, en el caso que viese a Fordike, recuérdelo, es-muy-importante-para-la-seguridad-de-su-amigo —silabeó—. Si pudiera convencerle para que se entrevistase conmigo, le quedaría muy agradecido.

Abría ya la puerta, cuando se volvió bruscamente y miró fijamente a Neil.

—Por cierto, ¿sabe que Blaine Kordan poseía un depósito bancario de setenta mil libras esterlinas? —exclamó.

Neil abrió la boca, respiró y... literalmente se quedó sin habla.

—¡Setenta mil libras...! —exclamó, estupefacta.

—Sí. Pero aún voy a decirte algo que la sorprenderá más. ¿A que no sabía que Kordan había nombrado heredero de esa cantidad a Ted Fordike? —pronunció lenta y claramente el policía.

Y cerró la puerta de golpe.

Neil se apoyó en la pared, desconcertada.

Así que el viejo Kordan... ¡Setenta mil libras! Y su heredero era Ted.

Una loca idea zumbó en su cerebro como un moscardón inoportuno, pero Neil la alejó rápidamente de sí.

Al fin, tras unos minutos de reflexión, volvió a su dormitorio, se maquilló ligeramente, se vistió y salió.

Un tipo permanecía ante la librería Hooks, simulando echar una ojeada a las revistas del escaparate, pero a Neil no podía engañarla fácilmente: aquel hombre era un policía y estaba allí para vigilarla.

Pues bien: Neil Grapelli sabía muchos trucos y no estaba dispuesta a permitir que nadie controlase sus movimientos.

Seguía lloviznando, por lo que abrió su paraguas y echó a andar. El hombre del escaparate se puso inmediatamente tras sus pasos.

Neil penetró en el restaurante Tchu-Ping, se sentó en una mesa y pidió una taza de té. Enfrente, el policía fingía mirar los escaparates de una farmacia.

Neil apenas se humedeció los labios en su taza de té. Abandonó la mesita y entró en una de las dos cabinas telefónicas situadas en

un rincón del restaurante chino.

Echó una moneda, consultó una agenda, marcó un teléfono y esperó.

Vio que el mozo del bar atendía el teléfono de detrás del mostrador.

—¿Restaurante Tchu-Ping? —dijo, poniéndose un pañuelo ante los labios y enronqueciendo la voz—. Por favor, soy el inspector Fulham, comisaría del Strand. Uno de mis hombres debe estar de servicio en esa zona. Es alto, delgado, sombrero flexible verde, gabardina blanca, pantalones oscuros, cabellos rojos, bigotillo fino... ¿Quiere echar una ojeada a la calle? Le ruego le informe que es urgente que me llame por teléfono.

Desde la cabina, Neil comprobó que el camarero dirigía una rápida mirada a la calle.

—Creo que el hombre por el que se interese está aquí mismo, frente al restaurante. Si espera, le daré su encargo en seguida.

—Sí, por favor —dijo Neil—. Hágalo. Estaré al teléfono.

Dejó el auricular descolgado y volvió rápidamente a su mesa en el momento en que el camarero salía a la calle.

Segundos después, el policía penetraba en el restaurante en pos del camarero. Dirigió de refilón una ojeada a Neil Grapelli y caminó hasta la barra.

Neil no esperó más. Dejó unas monedas en la mesa y se escurrió hasta la calle. En la esquina de Windpower Lane tomó un taxi y ordenó al conductor que se dirigiera al centro. Dejó el taxi en Carnaby Street, fumó un cigarrillo bajo la marquesina de una tienda de modas, y detuvo otro taxi, en el que se hizo trasladar a Old Market, en Limehouse.

Se sentía íntimamente satisfecha por la jugarreta que había utilizado para despistar al agente de Fulham.

Al bajar del taxi, dio la vuelta a su impermeable reversible, y se dirigió a la cervecería Harper. No vio más que a la vieja Sarah Mulligan y a tres viejos jubilados que charlaban acerca de sus viajes trasatlánticos.

Tomó apresuradamente un grog y salió.

Las nueve y media de la noche.

Los tacones de sus botitas rojas golpearon ruidosamente la acera de Wright Street.

Cruzaba ya para desviarse hacia Clarence Row, cuando una sombra saltó sobre ella y la derribó.

Neil dejó escapar un chillido al caer. Pero unos brazos musculosos y potentes aplastaron sus hombros sobre el frío y mojado pavimento.

—¡Ma... rano! —gruñó la mujer, intentando alcanzarle a aquel individuo con las punteras de sus botas. Pero el hombre apretó su cuello con una mano y Neil se atragantó.

Entonces reconoció aquel rostro de rasgos finos, aquella expresión cínica y aviesa: el hombre era Harold Diss.

—¡Calla, zorra! —advirtió él. Su tremendo peso aplastaba a Neil—. Si gritas, te estrangulo.

Neil cesó en sus forcejeos. Y el hombre aflojó un poco su presa.

—Dime, ¿dónde está tu compañero? —susurró Diss—. Ya sabes que me refiero a Ted Fordike.

Neil tosió violentamente.

—¡No... lo... sé! —gimió.

El violento bofetón reventó sus labios.

—No bromeo, perra. Necesito saber dónde está Fordike —insistió el hombre.

Aguardó unos segundos, pero volvió a golpear a la mujer al comprobar que ella permanecía muda.

Neil gimió bajo la avalancha de salvajes golpes. Diss no la abofeteaba ya, la golpeaba con los puños cerrados, perdió el control.

—¡Habla, habla, maldita, tengo que saber dónde está Fordike!

Neil comenzó a sollozar.

Nadie la había hecho llorar jamás, ningún hombre había logrado que derramara sus lágrimas. Pero ahora Neil lloraba de dolor y de impotencia.

La lluvia, copiosa, caía sobre ambos, empapándoles y diluyendo la sangre que brotaba de los labios de Neil, de su nariz...

Su ojo derecho, monstruosamente hinchado, se había cerrado, y nada podía ver a través de él.

Diss seguía golpeándola con un sadismo increíble.

Entonces sonaron unos pasos a sus espaldas y una sombra se abatió sobre él.

Diss vio fulgir un centelleo en su cerebro y dejó de percibir con

sus sentidos. Su fornido corpachón cayó como una masa informe sobre el cuerpo de la infeliz Neil Grapelli.

Ted apartó a Harold Diss con gran dificultad y se inclinó sobre Neil.

—¡Dios santo! —exclamó al contemplar aquel rostro monstruosamente deformado y bañado en sangre.

La ayudó a levantarse, la recostó sobre el próximo muro, mientras le prodigaba incoherentes palabras de consuelo.

—¡Neil, pequeña mía, ese salvaje...! ¡Merecía..., merecía...! Pero ahora tengo que ocuparme de ti... ¡Tus labios! ¡Canalla, canalla...!

Neil gemía entre dientes.

—Ted..., ¡oh, es horrible! Ese tipo, Diss, me ha golpeado como un bestia... Ahora... ¡Dime! ¿Qué aspecto tengo? Debo parecer un monstruo, ¿no es cierto?

Ted dirigió una patada insignificante al cuerpo de Harold Diss.

—No..., no te preocupes por eso. Vamos... No podemos estar aquí, Neil. La policía... Ven, te llevaré... a casa. Subiremos por Wright, daremos la vuelta en Commerce Square y llegaremos a Ward Street. Yo te cuidaré, y no te preocupes por nada, amor mío, yo te protegeré...

Echaron a andar bajo la copiosa lluvia. Ted llevaba en su mano el paraguas de Neil y su bolso, empapado en agua.

Pero de repente, ella se detuvo.

—No, Ted. A casa no —lanzó un escupitajo sanguinolento sobre el arroyuelo que corría junto a la acera—. Estoy... segura de que ese salvaje me buscaría allí. Y... me mataría. Creo..., creo que intentó hacerlo.

—¿Entonces...? —hilillos de agua corrían desde los cabellos empapados de Fordike y caían sobre el rostro hinchado de la pobre Neil.

—La cloaca... —murmuró ella—. Allí estaremos seguros.

Ted la sujetó firmemente por la cintura y giraron hacia Clarence Row.

Era un diluvio lo que caía sobre ellos cuando llegaron junto a la tapa de la alcantarilla. Ted dirigió una desconfiada mirada a los alrededores y en seguida levantó la tapa.

Se introdujo en el agujero, dejó caer el bastón con el que había

golpeado el cráneo de Harold Diss, el bolso y el paraguas de Neil y tendió sus manos a la mujer para que descendiera.

Pocos minutos después estaban abajo, oyendo el rumoroso bullir de las aguas de la cloaca.

Encendió la linterna y miró a Neil. El bello rostro de la mujer aparecía espantosamente deformado por los golpes. Los hematomas se hinchaban rápidamente; su párpado izquierdo se comenzaba a cerrar ya y el derecho estaba tan hinchado que Ted sintió una terrible congoja en su pecho.

—¡Canalla, canalla...! —murmuró, enfebrecido de odio.

—No es nada, Ted —susurró Neil, animosa—. No es la primera vez que recibo una paliza. Sentí mucho miedo, ¡oh, sí, mucho miedo!, cuando ese salvaje me apretaba el cuello, pero los golpes no tienen importancia. En unos cuantos días, la hinchazón cederá y volveré a tener mi aspecto habitual. Sólo que...

—¿Qué...?

—Nada. Ahora me ves fea, sucia, lastimada...

—Te quiero más que nunca, Neil. Daría mi vida por ti. Cuando vi a Diss golpeándote, por primera vez en mi vida se me nubló la razón. ¿Querrás creer que sentí ansias de matarlo?

Miró hacia arriba, nervioso, y dijo:

—Bueno, tal vez le haya matado...

El nivel de las aguas había subido un palmo en el cauce de la alcantarilla.

—¿Por qué te atacó Diss? —preguntó Ted, que mantenía firmemente sujeta a Neil por la cintura.

—Quería... —apenas podía mover los rotos labios—. Quería que le dijera dónde te escondías, Ted.

—¡Dios mío! Luego... recibiste esta tremenda paliza por protegerme...

—¡No seas niño, Ted! —le reprendió ella, al notar su temblor y su tremenda agitación—. Estamos unidos, ¿no? Pero, escucha, Ted: la actitud de ese hombre me asustó. Se diría que te busca para...

—... para asesinarme, ¿es eso lo que piensas?

—Sí —confesó Neil—. Diss estaba descompuesto, desesperado... Debe haber ocurrido algo muy grave para que te busque con tanta insistencia.

Ted besó los húmedos dedos de Neil.

—Me lo imagino —respondió—. Diss degolló esta mañana a True Chapman en el viejo edificio de aduanas del puerto.

—Por favor, enciéndeme un cigarrillo, Ted... Gracias —la mujer arrojó una bocanada de humo y miró a su compañero—. Dices que Diss..., ¿cómo puedes saberlo?

Ted se lo explicó en pocas palabras aunque... se cuidó bien de aludir a la visión que había tenido la madrugada anterior.

—Supuse que Diss había matado a Chapman... El debió verme desde lo alto de la escalera. Intentó asesinarme, dejando caer una pesada viga que me hubiera aplastado... Y huyó... sin darse cuenta de que la navaja con que degolló a True caía de su bolsillo. Esta misma mañana envié la navaja al inspector Fulham con una breve nota, a través del correo.

—Pero, Ted, ¡estás corriendo un gravísimo riesgo! —se alarmó Neil, olvidando su rostro lacerado.

—No, aquí estoy seguro. Cuento con suficiente protección —pensaba en el ectoplasma de Blaine Kordan—. Ahora sé algunas cosas... Harold Diss debió echar en falta la navaja con la que mató a True. No la encontró, por supuesto, e imaginó que yo me la había llevado. Ahora la necesita, tiene que recuperarla..., porque es la prueba de que él asesinó a True. E intentará recuperar la navaja pese a quien pese. Estoy seguro de que no retrocederá ante un nuevo crimen con tal de obtener lo que él cree su salvación...

—¡Ted! —Neil le miraba a través de su ojo izquierdo, semicerrado—. ¡Nunca te había oído hablar así, con tanto aplomo y seguridad! Pareces..., pareces un hombre distinto.

—No bromees. Soy Ted, el mismo Ted Fordike de siempre —susurró él, confuso.

Neil desprendió con cuidado el cigarrillo de sus labios y soltó otra bocanada de humo que flotó largo tiempo ante el cono luminoso de la linterna que sujetaba el hombre.

—Caramba, Ted —comentó ella, sin perder el ánimo—. ¡Las vueltas que da la vida...! Anteanoche estábamos los dos en Harper, tomando alegremente unas copas... Por primera vez hablamos con confianza, gozamos intensamente del momento que juntos compartíamos... ¡Tú estuviste tan viril ante True Chapman...! Y hoy... Estamos los dos aquí, en una cloaca, ocultos y temerosos, temiendo por nuestras vidas, encogidos y furtivos como dos ratas de

alcantarilla... ¡Dios nos proteja, estoy segura de que saldremos de ésta...!

Ted acarició con mimo una de las mejillas de Neil.

—Saldremos de ésta, Neil. Tú te lo mereces. Y yo... creo que nunca me he sentido más dueño de mí mismo... He tenido muchas horas para pensar. He comprendido la verdad: nunca fui nada. Trabajé, cumplí rutinariamente durante años y años... Pero la vida no es sólo eso. Hay que sentir emoción cada día, afrontar las dificultades y tener voluntad suficiente para alejar la autocompasión. Tú y yo somos muy semejantes, Neil... Discúlpame, pero mi opinión es que nunca hemos hecho nada importante. Nos hemos dejado llevar de la inercia, de la rutina, de lo fácil...

—Bueno, tienes razón. Pero...

—De veras, Neil. Ahora, cuando nos sentimos en peligro de muerte, es cuando pueden verse las cosas con más claridad. Para mí, la vida, gris y sin emoción, carecía de importancia. Pero ahora, cuando he sentido pánico, cuando el terror me paralizaba, he comprendido lo hermosa que es la vida.

Neil se estrechó contra él. Le escuchaba con religiosa admiración.

—Ahora... debemos pensar fríamente, Neil. Ven conmigo. Te guiaré hasta mí «campamento». Veré de curar tus heridas y comeremos algo. Podrás descansar tranquilamente. Yo velaré tu sueño. Y al amanecer, te acompañaré a casa...

La lluvia había cesado.

La niebla se espesaba y casi borraba los relieves de las fachadas. Como dos fantasmas, Ted y Neil abandonaron la alcantarilla y caminaron rápidamente junto a los muros de Clarence Row.

Giraron a la izquierda al llegar a Commerce Square y alcanzaron Ward Street. Llegaban ya ante la casa de Neil, cuando una destellante luz anaranjada brilló hacia Commerce Square.

—¡La policía...! —gimió él.

Neil buscó la llave en su bolso, pero Ted empujó la puerta y desapareció en las tinieblas.

Ella le siguió y empujó la puerta. Se oyó el leve rumor de escape y luego aquel ruido se fue alejando hasta extinguirse.

—¡Uf! —resopló Ted en la oscuridad—. ¡De buena me he librado! Unos segundos más y... me hubieran trincado.

Pero Neil temblaba en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, tomándole las manos—. Calma, nena: ya pasó el peligro.

—No se trata de eso, Ted. ¿No te has dado cuenta? ¡La puerta estaba abierta...! ¡Y yo la dejé bien cerrada al salir!

En la oscuridad, Ted palpó las maderas, tocó la cerradura y... comprobó que había sido descerrajada.

—¿Qué...? —murmuró Neil, aterrada.

—La han roto —respondió él. Y ambos expusieron el mismo pensamiento al unísono—. ¡Harold Diss!

El terror les paralizó. Pero Ted se recuperó pronto.

—Ha venido a buscarte, Neil. Quizá esté todavía allá arriba, agazapado, esperando que vuelvas... No puedes subir. ¿Qué podríamos hacer?

Abandonaron inmediatamente el sombrío arranque de la escalera y salieron a la calle.

—¡Lylah, Lylah Smith! —exclamó Neil, esperanzada—. Es una buena amiga. Lylah vive a poca distancia de aquí, en Windpower Street. Le pediré cobijo.

—Te acompaño.

—¡No, Ted! Cada minuto que permanezcas en la calle constituye un gravísimo riesgo para ti. Si no te encuentra ese asesino, te encontrará la policía. Vete, Ted. Yo me las arreglaré bien con Lylah.

—Está bien. Pero prométeme que no saldrás de su casa hasta que este terrible embrollo se solucione —pidió él.

—Te lo prometo. Por otra parte, ¿cómo dejarme ver con este rostro hinchado? —exclamó ella, coqueta.

Se besaron levemente y se separaron. Pero Neil se detuvo y volvió inmediatamente.

—¡Ted, Ted! Con todas estas cosas, se me había olvidado darte la noticia. Me la dio Fulham, el policía. ¿Qué dirías si supieras que Kordan tenía un depósito bancario de setenta mil libras?

—¡Caramba...! —exclamó Ted, sinceramente sorprendido.

—Pero aún hay más: Blaine te nombró como único heredero.

—¡Caramba, caramba! ¡Quién lo diría...! El bueno de Blaine... Así que, en definitiva, los rumores eran ciertos...

—Ya lo sabes. Y ahora, vete. No dejaré de pensar en ti, Ted —prometió ella, emocionada.

—Ni yo en ti —dijo él. Y emprendió la huida hacia Commerce Square.

Caminaba aprisa, como una sombra asustadiza, encogido y pegado a las húmedas paredes.

—¡Caramba, caramba...! —murmuraba de cuando en cuando.

CAPÍTULO VIII

Blaine estaba esperándole en el «campamento» montado en el andén de la atarjea general.

—Buenas noches, Ted.

—Buenas noches, Blaine —respondió Fordike. Y una leve sonrisa iluminaba sus delgadas facciones.

—Os vi, ¿sabes? —rió el ectoplasma—. Por un momento, estuve tentado de hacerme presente. Pero imaginé que Neil iba a llevarse un susto de muerte y decidí aguardar.

—¿Y bien...? —Ted se puso en cuclillas, de espaldas al muro.

—Me siento asombrado, Ted. Has llevado a cabo grandes cosas en poco más de veinticuatro horas... ¡Bravo, Ted! Sé que Diss empieza a sentirse muy intranquilo.

—¡Ese canalla! ¿Sabes lo que hizo con Neil? —exclamó Fordike, enfurecido.

—Lo sé, lo sé... Excelente muchacha, esa Neil, ¿no es cierto? Sí, ya sé que Diss estuvo a punto de estrangularla. Pero Diss está fuera de sí. Cometerá un error detrás de otro y... caerá.

—Todavía no lo veo muy claro... Por cierto, Blaine... Me he llevado una buena impresión al saber lo de las setenta mil libras...

La silueta del ectoplasma verdoso interrumpió su ir y venir sobre el andén y se detuvo ante Fordike.

—No pareces muy feliz, Ted —dijo, contemplándole con curiosidad—. Imaginé que saltarías de gozo al saber que eres dueño de una fortuna.

Ted se rascó los grises y húmedos cabellos.

—No te enfades, Blaine, pero ¿cómo diablos podría sentirme feliz? Todo es extraño y difícil de entender, para mí —sacó una cajetilla de «Players» y encendió un cigarrillo. El humo de su primera bocanada atravesó limpiamente el cuerpo de Kordan—. No sé cómo pudiste reunir esa fabulosa suma, Blaine...

—¿Desconfías? No temas, hombre. Esas setenta mil libras significan el conjunto de las limosnas que recibí durante treinta años y de... la habilidad financiera de Kirk Bullit...

—No te comprendo...

—Verás: cuando reuní quinientas libras, se las entregué a Bullit, el corredor de Bolsa. Kirk es un profesional, un hombre honrado, que supo invertir inteligentemente aquellas primeras quinientas libras. En dos años me produjeron un beneficio neto de dos mil seiscientas libras. Después... seguí confiando mis ahorros a Bullit, hasta hace poco. El me dijo que las condiciones económicas y financieras aconsejaban prudencia, por lo que decidí ingresar mi dinero en un Banco.

Ted se puso en pie, muy inquieto.

—De veras que no acabo de entenderlo, Blaine. Si eras un hombre rico, ¿por qué vivías en la miseria?

Kordan sonrió bondadoso. Sus ojos azules brillaban.

—Dime la verdad, Ted: si tú me hubieras sabido rico, ¿me hubieras ayudado, te hubieras convertido en mi único y leal amigo? —preguntó.

—¡No lo sé! ¡Es todo tan extraño...!

—Yo sólo era un pobre ciego, un tullido, un inválido... No necesitaba comodidades, sino un amigo como tú... Sólo esperaba la muerte, y ésta llegó, salvaje y brutal. Pero mucho antes yo había decidido que mi dinero sería para ti...

—Caramba, Blaine, te lo agradezco de veras. Ya veré qué puedo hacer con esas setenta mil libras cuando..., cuando esté libre de este maldito lío.

Arrojó con rabia el cigarrillo a las sucias y agitadas aguas de la atarjea y se volvió.

—Tengo miedo, Blaine, te lo confieso. ¡Si Harold Diss llegase a saber que me oculto aquí! —murmuró, estremecido.

—Cálmate, viejo amigo. Veo que se aproxima el final. En cuanto a lo que acabas de decir..., no sería mala idea que Harold Diss supiese que te escondes aquí.

Ted, que se había recostado en la pared, dio un respingo.

—¿Estás loco, Blaine? ¿No sabes que Diss me busca para matarme?

—Precisamente. Aquí, el relojero se encontraría en desventaja.

Tú conoces ya al dedillo este lío de cloacas —observó Kordan, insinuante.

—Bueno, es cierto. —Ted se detuvo, pensativo—. Pero... ¡tengo tanto miedo!

—Ten fe, Ted. ¿No te prometí que te ayudaría a escapar de este enredo?

Fordike miró al fantasma de su amigo y se sintió más seguro.

—En cuanto al reloj... —dijo Blaine.

—No creas que no he pensado en ello. Sólo que...

—No olvides que el reloj es tuyo también, Ted. Luego te convendría recuperarlo... ¡Podría significar un bello regalo para tu prometida...!

—¿Qué prometida?

—Neil Grapelli. ¡No me digas que no piensas casarte con ella...!

Ted se sentía muy confuso.

—Bueno, digamos que... empiezo a sentir hacia ella algo más que el deseo, pero de ahí a...

La silueta ectoplásmica se alejó. Blaine murmuraba algo entre dientes, muy enfurruñado.

—Está bien, está bien. No había pensado en eso, Blaine...

Claro que... yo tal vez necesite una esposa... ¿Neil...? Bien, me parece una bella mujer, muy valiente y abnegada. Sí, ¿por qué no? En cierto modo, somos tal para cual. Estoy seguro de que Neil me sería fiel...

—¡No lo dudes! —Blaine se había vuelto bruscamente—. En el fondo, ella no ha hecho otra cosa que buscar inútilmente un hombre que la amase.

—De acuerdo, Blaine. Buscaré el reloj. Y, ahora que lo pienso, eso podría suponer una prueba definitiva contra el asesino. Déjame pensar, déjame pensar...

Se apoyó en la maleta plegable y... se quedó dormido.

Isaac Van Boren se volvió al oír aquel chirrido.

Dejó la lupa sobre la mesa en la que brillaban algunas gemas, abrió el cajón y sacó un viejo revólver.

Muy desconfiado, registró la tienda, el pequeño taller anexo e incluso sus habitaciones privadas. Pero no halló nada sospechoso.

Ya se volvía, más tranquilo, cuando volvió a producirse aquel chirrido. El ruido provenía de la planta baja, ocupada por una vieja

y abandonada lavandería que Van Boren no había podido alquilar desde que muriera el viejo Jack Ballance.

Un tanto tembloroso, Van Boren descendió la escalera, comprobó que la puerta metálica estaba cerrada, dirigió una ojeada a las dependencias de la lavandería y se volvió a la planta alta, donde tenía su taller de joyero.

Sentado tranquilamente en su mesa, y mirando con curiosidad aquellas joyas, estaba Ted Fordike.

La sorpresa fue tan grande que a Van Boren se le fue la pistola de entre los dedos. El pequeño revólver rebotó sobre el viejo pavimento de madera y se detuvo entre las piernas de Fordike.

—No tema, amigo. No pienso hacerle ningún daño —dijo Fordike, con aplomo.

—¿Cómo..., cómo ha podido llegar hasta aquí? —tartamudeó el orfebre, espantado.

—Se lo diré si usted me explica por qué está desmontando los brillantes de mi reloj —respondió Ted, admirado por el fulgor de la piedra que tenía entre sus dedos.

—¿Su..., su reloj? —exclamó Van Boren, profundamente desconcertado.

—Así es. Este reloj pertenecía a Blaine Kordan, que fue asesinado hace pocas noches. En su testamento, Blaine me legaba este reloj, entre otras cosas. Y, créame, amigo Van Boren, esto —señaló las tres piedras desmontadas— puede costarle caro.

El joyero se aproximó, se inclinó rápidamente y trató de recuperar su arma, pero Ted apartó el revólver de un puntapié.

—Vamos, vamos, señor Van Boren —le recriminó Ted—. Usted es demasiado viejo para ir a terminar su vida en prisión...

Los lentes del joyero resbalaron sobre su delgada nariz.

—No va a intimidarme, Fordike. ¡Sí, sí, le he reconocido! Sé que la policía le anda buscando. Le acusan de la muerte de Blaine Kordan —acusó, trémulo.

—Eso es cierto. Pero yo puedo llamar ahora mismo al inspector Fulham, a través de ese teléfono —señaló el aparato que tenía al alcance de la mano—. Fulham comprendería al instante, en cuanto viera este reloj parcialmente desguazado por sus hábiles manos, señor Van Boren... Comprendería que usted es el cómplice de un asesino. Porque usted sabe muy bien que yo no maté a Blaine.

Incluso sabe el nombre del verdadero criminal. Se lo aseguro, amigo mío, si llamo a Fulham, usted dará con sus huesos en la cárcel...

Van Boren parpadeó, indeciso.

—¿Qué es lo que quiere, entonces? —preguntó, desalentado.

—Muy fácil: llame usted mismo al inspector Fulham. Dígame que ha leído los periódicos, que tiene en su poder este reloj, que adquirió de buena fe...

—Pero...

—Que adquirió de buena fe —repitió Ted, con énfasis—. Su denuncia a la policía demostrará sus buenas intenciones. Y no tema por su dinero: si hace lo que le digo, le será reembolsada la cantidad que pagó por esta joya. Llame a Fulham. Yo tengo su número de teléfono en la comisaría del Strand. Voy a dictárselo...

La huesuda mano del joyero tembló al descolgar el auricular. Pero un momento después marcó temblorosamente el número que le indicaban.

Carraspeó, se aclaró la voz, miró a Ted y preguntó:

—¿Inspector Fulham? Soy Isaac Van Boren. Escuche, he leído los periódicos y...

Repitió casi textualmente las instrucciones de Fordike y escuchó atentamente. Afirmó con el ademán y dijo:

—Sí, sí, inspector. Le estaré esperando.

Colgó y se volvió hacia su visitante. Pero Ted Fordike había desaparecido.

Se inclinó, recuperó su revólver y registró todo el edificio, sin encontrar a Fordike. Finalmente, bajó a la lavandería e hizo lo mismo.

Luego, sumamente intrigado, pisó la tapa de la alcantarilla que servía para evacuar las aguas sucias de la lavandería y volvió a su taller.

Tenía mucha prisa. Debía engarzar nuevamente los brillantes en la esfera del reloj antes de que se presentase el inspector Fulham...

Harold Diss se sentía como fiera acorralada.

Sabía que su impunidad dependía de recuperar la navaja barbera con la que había destripado a True Chapman y que suponía en poder de Ted Fordike. Su única esperanza era que Fordike, perseguido, no podría utilizar la terrible arma como prueba. Porque Diss ni siquiera había tenido la precaución de cubrirse las manos

con unos guantes.

¡Maldita sea! Todo había ido bien hasta que aquel hombrecillo, Fordike, se había cruzado en su camino.

Las setecientas libras recibidas de Van Boren a cambio del valioso reloj habían solucionado su situación momentáneamente. Después...

Pero el estúpido de True Chapman lo había estropeado todo. Había intentado burlarse de Fordike, abusar de él y, aunque resultara escaldado por la terrible reacción de Ted, lo había echado todo a perder por su absurda manía de involucrar a Fordike en la muerte de Kordan.

¡El atizador...! Y las tremendas borracheras de Chapman... Diss se había visto impulsado a matar a True para evitar que se fuera de la lengua impelido por el alcohol...

Todo se había complicado de forma monstruosa. Ahora, para anular a Fordike, Harold Diss se veía en la necesidad de asesinar a aquel hombrecillo. Pero eso no era todo, después tendría que eliminar a Neil Grapelli y quién sabe si allí terminaría la cadena de crímenes.

Diss se había refugiado en el desván del edificio donde tenía su relojería. Había unos respiraderos en el muro que le permitían atisbar la calle y dominar la esquina de Wright con Clarence Row.

Tenía la esperanza de que Fordike se dejase ver. Tal vez acudiese al reclamo de la hembra, de aquella hermosa prostituta llamada Neil Grapelli...

Pero Diss no se sentía muy tranquilo. A primeras horas de la noche, un coche de la policía se había detenido ante la relojería. No se conformaron con golpear la metálica cristalera, sino que llegaron a forzar la entrada y registraron el local minuciosamente durante media hora.

Finalmente se habían marchado... Pero ¿por qué aquel registro?

—Quizá algún raterillo haya intentado robar unas piezas de bisutería —trató de tranquilizarse—. Sí, eso debe ser. Escuché un rumor de cristales rotos. Alguien debió telefonear a la policía y...

Tenía que hallar a Fordike. Cuanto antes. Y recuperar aquella comprometedora navaja barbera...

Se sentía helado, entumecido, arrodillado en el suelo, vigilante a través de las estrechas aspilleras del muro.

Quizá, después de todo, no hubiera sido un buen negocio. ¡El maldito ciego...! Diss había imaginado que escondía una fortuna en cualquier lugar de la puerca vivienda. Pero lo cierto fue que True y él mismo registraron escrupulosamente todo —hasta las cenizas de la estufa— y sólo hallaron el reloj de oro y brillantes.

Consultó la hora, malhumorado.

—Las once y media —murmuró—. ¿Es que no va a aparecer ese maldito Fordike...?

Diss se entretuvo imaginando el placer que iba a sentir cuando encontrase al hombrecillo y apretase su delgado cuello entre sus manos robustas, de largos y fuertes dedos.

Por si acaso, aquella misma mañana Diss había conseguido una pistola y un cargador con nueve balas.

Estaba pensando en ello, cuando oyó aquel leve rumor metálico.

Esforzó su vista a través de la niebla que se espesaba a ras del suelo. ¡Diablos! La tapa de la alcantarilla próxima a la esquina de Clarence Row... ¡estaba moviéndose!

Contuvo el aliento, expectante. La tapa había sido apartada y una delgada figura emergía a la superficie.

—¡Es él..., Fordike! —exclamó, anhelante.

Ted colocaba la tapa en su lugar con movimientos furtivos, dirigía un vistazo a los alrededores y caminaba rápido y ágilmente hasta la esquina.

Diss hizo rechinar sus dientes.

Buscó la pistola en el bolsillo, montó el carro, apuntó.

Pero retiró el arma como si una víbora acabase de clavar sus colmillos en el dorso.

¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a cometer un error tras otro? Las detonaciones podían atraer la atención de Carrot Temple, que estaba aquella noche de vigilancia en Limehouse.

—Hay que obrar con cautela —se dijo—. Ahora ya sé dónde se esconde... Es de noche... ¡Si volviera a su guarida esa rata de alcantarilla...! ¿Qué mejor sitio para matarle? Allí podré hacerlo discretamente, sin testigos...

Aguardó, vigilante.

Fordike atisbo durante dos minutos desde la esquina, pero luego volvió rápido sobre sus pasos, apartó la tapa y volvió a su madriguera.

Harold Diss se sentía regocijado.

Ahora sólo tenía que descender del desván, buscar una buena linterna y... meterse en la cloaca. Allí encontraría a Fordike, tan indefenso como un pajarillo.

Se golpeó sobre una viga del techo al incorporarse vivamente, maldijo entre dientes y buscó a ciegas la trampilla.

Bajó.

Encontró una larga y gruesa linterna en un cajón del mostrador. Comprobó que las pilas estaban intactas y corrió hacia la puerta, apenas sujeta con un pedazo de alambre que él desprendió con brusquedad.

Una rápida ojeada a la desierta calle. Ningún peligro. Era el momento de actuar.

Cruzó la calzada, corrió hacia la tapa de la alcantarilla, una nueva ojeada recelosa y comenzó a descender. Colocó desmañadamente la tapa y se aferró a los peldaños de hierro.

¡Maldición, la linterna se le acababa de caer...!

Siguió descendiendo, se inclinó para recuperar la linterna y giró sobre sus pies. Algo se interpuso entre sus piernas y perdió el equilibrio.

¡Chaaaap!

Harold Diss acababa de zambullirse entre las aguas de la cloaca.

Manoteó entre las pueras aguas residuales, escupió violentamente y... palpó el fondo, buscando inútilmente la linterna.

A tientes, tocó el borde de la conducción y emergió, chorreante y rabioso.

Por primera vez, Harold Diss tuvo miedo. En medio de las tinieblas, sin la linterna, se sintió desvalido e indefenso.

Sacó su mechero e intentó encenderlo para alumbrarse. Pero el encendedor, mojado, no servía de nada.

A cuatro patas, Diss palpó a su alrededor hasta tocar la tensa cuerda tendida de extremo a extremo.

—¡Canalla! —gruñó—. Me tendió una trampa...

A diez pasos, Ted Fordike le enfocó con una linterna.

—Estoy aquí, Diss. Adelante, alumbraré tu camino —dijo la voz.

—¡Fordike! —rugió el asesino—. ¡Espera ahí!

—Desde luego. No pienso mover un pie —dijo Ted, tranquilo.

Diss se incorporó y corrió locamente hacia el lugar donde le

esperaba Ted.

El bastón le golpeó en el rostro y Diss dejó escapar un alarido de dolor. Perdió el equilibrio y... cayó nuevamente en el seno de las aguas putrefactas.

—Ese golpe por el pobre Blaine Kordan —especificó Fordike.

Diss se debatió en la fría corriente. Al cabo, logró ponerse en pie y se abalanzó ferozmente hacia Ted.

Pero Fordike se había apartado ya un largo trecho. Chorreante, Diss alcanzó el pretil del pasillo y se incorporó.

Se detuvo vacilante. ¿Le interesaba seguir adelante en aquellas condiciones...? Hacia atrás se extendía la lóbrega cloaca, la alcantarilla... Delante la potente luz de la linterna de Fordike.

Siguió caminando hacia adelante. A medida que avanzaba, la luz de la linterna se alejaba. Luego se detuvo y Diss prosiguió la persecución... ¡Si lograra alcanzar al escurridizo Fordike, qué placer significaría para Diss apretar aquel cuello hasta verle exhalar su último suspiro!

Vio los círculos de dos grandes colectores a izquierda y derecha. Bordeó una atarjea circular y galopó locamente hacia adelante.

Fordike estaba próximo. La linterna aparecía inmóvil, apenas a cinco metros de distancia.

Entonces Diss recordó que llevaba una pistola. Era un arma muy moderna y eficiente y los cartuchos eran impermeables.

Sacó la pistola, apuntó y disparó.

La linterna saltó, destrozada, y la luz se extinguió. ¿Habría acertado a Fordike...?

Comprendió que el fugitivo seguía vivo y bien vivo cuando el pesado bastón se abatió por segunda vez sobre su cráneo.

Diss dejó escapar un rugido y... cayó nuevamente a las turbulentas y puercas aguas residuales.

—Ese golpe por atacar cobardemente a Neil Grapelli —se escuchó la voz de Ted en la oscuridad.

Diss pronunció obscenas maldiciones y manoteó torpemente en las tinieblas.

Al cabo, tras resbalar varias veces y caer otras tantas, consiguió afirmar sus pies en el pasillo. Chorreaba agua hedionda y se estremecía de frío como un gozquecillo.

Y, lo que era aún peor: había perdido la pistola.

El odio y la rabia le impedían pensar... ¿Cómo era posible? ¡Fordike tenía que estar muerto...!

Un haz luminoso bañó de luz su recia y lastimosa figura. Diss miró hacia adelante, con una mano en la frente a modo de pantalla y vio la linterna, destrozada, sujeta por su adhesivo magnético a la conducción metálica colgada en la bóveda.

Vaciló. ¿Para qué seguir...? Diss estaba ahora completamente seguro de que iría cayendo en todas las trampas que le tendiera aquel maldito Ted Fordike.

—Calma —se recomendó a sí mismo—. Hay que pensar, reflexionar... si quiero escapar de esta trampa mortal.

Por fin se daba cuenta. Estaba atrapado. A solas, en la densa oscuridad de las cloacas, ¿cómo encontrar el camino... si no era siguiendo la luz de la linterna que Ted mantenía ahora encendida?

—Es astuto, inteligente... ¡Y yo le tomé por una criatura inofensiva! —se lamentó in mente.

Debía retroceder, alcanzar la alcantarilla de Clarence Row. Comenzó a andar con precaución, tanteando la pared, a la lejana luz de la linterna de Fordike.

—¡No seas loco, Diss! —resonó la voz de Ted en la subterránea galería—. ¡Mira esas aguas! —Diss obedeció—. ¿Lo comprendes? Debe estar diluviando arriba... Las aguas suben constantemente. Si apagase la luz, caerías a la cloaca y te ahogarías. Sólo hay una solución para ti: seguirme.

Diss maldijo entre dientes. ¡Cuánta humillación...! Empapado, aterido, impregnado de aquella hedionda y pútrida pasta...

Corrió como un loco a lo largo del pasillo, ansioso por alcanzar en un último y desesperado esfuerzo al inaprensible Fordike.

Alcanzó una atarjea general y se detuvo, temeroso. Abajo, enormes chorros de agua espumosa se reunían en salvaje estruendo y corrían, tumultuosas, hasta desaparecer en una oscura galería inferior.

Entonces la luz se extinguió.

Diss pegó su espalda al muro y esperó, aterrado.

El aire se desplazó a su derecha y un tremendo golpe en el rostro provocó luminosos fotógenos en sus globos oculares. Dejó escapar un alarido y cayó sobre el pretil, despatarrado.

—Apunta a mi cuenta ese garrotazo, Diss. Por tantas miradas de

desprecio a lo largo de años y años, por tu intención de asesinarme...

Diss gimió en el suelo. Pasó una mano por su rostro y lo notó hinchado, sangriento y dolorido.

Pero la luz tornó a brillar, lejana.

—¡Date prisa, Diss! ¡Las aguas comienzan a subir peligrosamente...! Si te quedas ahí...

A juzgar por el ruido, la turbulencia de la corriente iba en aumento. Renqueando, Diss se puso en pie y siguió a Ted a lo largo de las cloacas.

¿Cuánto trecho habrían recorrido ya? ¿Dos, tres millas de hediondas galerías subterráneas...?

CAPÍTULO IX

Las ratas galopaban despavoridas a lo largo del pretil.

Detrás, Harold Diss se arrastraba jadeante.

Golpeado, malherido, maltrecho, vencido... seguía caminando torpemente en pos de Fordike, a la luz de aquella linterna que constantemente se alejaba de él.

Temía resbalar a cada momento y ser engullido por las aguas que discurrían violenta y rápidamente a lo largo del canal subterráneo.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento. Sobre el húmedo muro destacó un rótulo.

—Rotterdam Street —balbucearon sus labios.

Aquello estaba situado... en el Strand. Habían recorrido, pues, una enorme distancia a través de las galerías subterráneas.

Una manada de ratas cruzó por entre sus piernas exhalando terribles chillidos de terror.

—¿Por qué, por qué...?

Miró hacia atrás y lo comprendió, espantado. Las ratas huían porque a menos de cincuenta metros las aguas, desbordadas, invadían ya el elevado pretil.

Corrió como un loco en pos de la distante luz. Por fortuna, la enorme atarjea que acababa de dejar atrás engulló la avenida de las aguas.

Pero aquello solo sería un respiro momentáneo. Las maderas, plásticos, botes de hojalata y los diversos residuos que arrastraban las embravecidas aguas terminarían por cegar las atarjeas. Y luego...

Fordike se había detenido. Al menos, el foco de su linterna permanecía inmóvil junto al muro.

Diss se detuvo. Comenzaba a temer al hombrecillo como al mismo diablo.

Entonces escuchó la voz de Ted:

—¿Qué esperas? Aquí hay una boca de alcantarilla. Date prisa o te quedarás sin luz. Y entonces...

Diss se volvió, temeroso.

Detrás de él brotaba el tremendo estrépito de las aguas, que acababan de saltar por encima del gran colector, incapaz para absorber ya la caudalosa corriente.

Avanzó a tropezones, vio el embudo de la escalera, los peldaños empotrados...

Arriba sonó el rumor metálico de la tapa de alcantarilla al ser desplazada de su encaje.

Diss, aterrado, llegó a la carrera, agarró con sus manos los peldaños y comenzó dificultosamente la escalada.

Sus anchos hombros apenas cabían a través del estrecho pasadizo. Pero al fin consiguió sacar su cabeza y respirar profundamente el limpio aire del exterior.

¿Y Fordike...?

Los ojos de Diss apenas distinguían las siluetas de las edificaciones próximas, cegado como estaba por el foco de la linterna de Ted.

Se impulsó hacia arriba, se sacudió como un perro, trató de orientarse...

Dos potentes focos brillaron ante él.

¡Un automóvil...!

Quiso huir, pero el paragolpes golpeó sus pantorrillas y le derribó.

Cuatro o cinco hombres le rodearon inmediatamente. Alguien colocó unas esposas firmemente apretadas sobre sus muñecas.

El inspector Fulham arrugó la nariz al percibir el hedor que brotaba de las ropas del asesino.

—Dura profesión la de un policía —gruñó. Y ordenó a los agentes que les rodeaban—: Busquen ropa seca, oblíguenle a cambiarse y llévenlo a mi despacho.

Recuperada en parte la visión, Harold Diss hundió la cabeza entre los hombros, vencido y fatigado.

Con toda la astucia del mundo, el pequeño Ted Fordike había conseguido llevarle... ¡hasta el patio de cocheras de la comisaría del Strand!

Las facciones de Neil Grapelli habían recuperado notablemente su apariencia normal.

Quedaban, sí, las señales violáceas de los golpes. Pero ella había sabido disimular los cardenales bajo una sabia mano de maquillaje.

—¡Caramba, Neil! —le había dicho Ted, cuando fue a buscarla, hacia las cuatro de la tarde, a la calle Ward—. ¡Estás muy guapa...!

Neil le agradeció el requiebro con un tímido apretón de manos.

Luego, admirada, comprobó que Ted se había cortado el pelo a navaja, se había afeitado cuidadosamente y se había puesto un traje a cuadros muy atractivo. Había llevado su viril coquetería hasta el extremo de calzar unos flamantes y caros zapatos de alto tacón que le hacían parecer alto y esbelto.

—Tú también estás muy elegante, Ted —alabó ella—. Se diría que has rejuvenecido veinte años.

Le contempló, orgullosa. ¡Cuán cambiado estaba Ted...! Había un brillo desusado en sus ojos y una actitud tan segura y aplomada en toda su persona... Sus hombros, habitualmente caídos, se habían erguido y su pecho se abombaba ligeramente.

De repente, ella se sintió desusadamente nerviosa.

—Es la primera vez que vienes a mi casa, Ted. ¡Y no te he ofrecido una taza de té...! —exclamó.

Fordike sonrió, enigmático.

—Lo tomaremos más tarde, Neil. Ahora debemos ir a casa del notario —dijo.

—Pero ¿por qué, Ted? Eres tú el heredero. Mi presencia no es necesaria —observó, cada vez más nerviosa.

—Vístete sin prisas. Y ponte muy guapa. Te espero abajo, en la sala de té del Tchu-Ping —dijo él.

Bajó lentamente la escalera y penetró en el restaurante. Las personas que tomaban el té en la salita anterior le miraban con curiosidad y admiración.

—Es Ted Fordike —cuchicheaban—. Miradle. Permaneció sepultado durante tres días en las cloacas, pero... volvió. ¡Y pensar que fue capaz de conducir a un peligroso asesino hasta la comisaría del Strand...!

Ted sonreía. Un camarero se acercó y le preguntó respetuosamente qué iba a encargar.

—Dos *whiskys* —respondió—. Dobles, por favor.

Durante toda su vida, Fordike se había esforzado en pasar desapercibido. Tampoco ahora se pavoneaba al sentirse admirado ni al escuchar los comentarios elogiosos que algunas personas hacían acerca de su persona, pero lo cierto era que se sentía muy satisfecho de sí mismo.

Neil llegó poco después.

Se había puesto un vestido oscuro y un abrigo muy discreto y elegante. A Ted le resplandecieron los ojos de pura admiración.

A sorbos lentos y solemnes terminaron los dos *whiskys*.

Ted dejó dos billetes de una libra sobre la bandeja y ambos salieron.

Tomaron el taxi y dieron la dirección.

—Al setenta y cuatro de Bond Street.

Media hora después se entrevistaban con míster Rodges, el notario.

Rodges leyó rápidamente el testamento, preguntó a Fordike si lo aceptaba y éste asintió.

—Perfectamente. Firme aquí, señor Fordike. Dentro de dos días podrá disponer de su herencia.

Abandonaron Bond Street a bordo del taxi.

Neil no había dicho nada hasta entonces, pero se sentía como sobre ascuas.

¿Qué broma era aquélla? Neil había imaginado que Ted la invitaría a tomar una copa en Harper, donde todos rodearían jubilosamente a Fordike, tratarían de estrechar sus manos y le suplicarían que contase su aventura con todo detalle.

Pero no. Ted había ordenado al taxista que debía dirigirse al cementerio del East End.

El automóvil llegó a su destino. El tiempo seguía siendo desapacible y húmedo y el cielo estaba cubierto de negros nubarrones.

Penetraron en el cementerio. Ted caminaba con pasos seguros a lo largo de los caminitos bordeados de tumbas.

Finalmente se detuvieron ante un bello mausoleo de mármol blanco.

El monumento funerario era sencillo, pero muy bello, presidido por la escultura de un hombre delgado, cubierto con un sombrero de alas anchas, un mísero chubasquero, que llevaba un bastón en su

mano derecha.

Abajo podía leerse el epitafio:

«AQUÍ YACE BLAISE KORDAN QUIEN, A PESAR DE
SUS OJOS CIEGOS, SUPO VER CLARO A LO LARGO DE
SU VIDA»

Neil leyó aquellas palabras y de sus ojos brotaron las lágrimas.

—¡Oh, Ted, es un rasgo tan hermoso! No lo niegues, tú escribiste ese epitafio —susurró, apretando el brazo del hombre.

—Fue lo único que se me ocurrió —confesó Fordike—. El se merecía mucho más, pero era un hombre sencillo y no quise disgustarle.

Bajó los ojos y... se agitó de un respingo. ¡Blaine estaba escuchando frescamente la conversación recostado sobre su propia tumba!

—*Díselo. Ahora mismo —ordenó Kordan.*

—Pero, Blaine, no hay prisa. Yo... —murmuró.

Neil le miró con una cara extrañadísima.

—¡Ted! ¿Qué estás diciendo? —exclamó.

—Nada. Es decir, verás... —Ted sacó un estuche, lo abrió y los brillantes de la esfera del reloj fulgieron—. Toma, Neil: es mi regalo de pedida.

Neil se ruborizó. Y habló completamente azorada:

—Pero yo... ¡oh, Ted, yo...! Bueno, sé que tú, que yo... Pero no esperaba tanto... En fin...

—¿Quieres ser mi esposa, Neil? —preguntó Fordike con voz vibrante.

—Con toda el alma, Ted —susurró ella, en un suspiro emocionado.

Recostado en el mausoleo, Blaine sonrió afectuosamente.

—*¡Magnífico, Ted! Todo lo hiciste bien. Pero ahora debéis marcharos cuanto antes —dijo.*

—¿Por qué? —preguntó Fordike, intrigado.

—*No preguntes y llévate a Neil. Llévate. Ya sabes que yo lo sé todo —insistió el ectoplasma.*

—Pero...

¡En aquel momento empezó a diluviar!

—¿Lo ves? —rió Blaine, y su imagen comenzó a diluirse—. Te lo advertí.

Ted tomó por la mano a Neil y la arrastró fuera del cementerio. Por fortuna, el taxista les aguardaba.

Penetraron en el tibio cobijo del automóvil y Ted ordenó a su conductor:

—Y ahora llévenos a la cervecería Harper, en Wright Street.

Neil le miró, radiante. Y dijo:

—Esta noche, Ted...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Apelativo familiar que dan los londinenses a los policías que patrullan a pie por las calles. < <

[2] Supuesta emanación material de origen psíquico, en ocultismo.

< <